

Contra el periodismo: el paso de Sebastià Juan Arbó por *La Vanguardia Española* de Luis Martínez de Galinsoga (1952-1961)¹

JOAN ANTONI FORCADELL

Universitat Autònoma de Barcelona - GEXEL/CEDID

joanantoniforcadell@uab.cat

Título: Contra el periodismo: el paso de Sebastià Juan Arbó por *La Vanguardia Española* de Luis Martínez de Galinsoga (1952-1961).

Resumen: Este artículo examina la faceta de Sebastià Juan Arbó, destacado novelista de las letras españolas y catalanas del siglo xx, como colaborador de las páginas literarias y la tribuna de opinión de *La Vanguardia Española* en su primera etapa, que coincidió con la dirección del falangista Luis Martínez de Galinsoga. A través del análisis de estas contribuciones y del epistolario del escritor, conjugado con una aproximación a la génesis textual de sus memorias y documentación inédita, se plantea una primera incursión a un tema prácticamente soslayado por la investigación académica. Se revela cómo esta práctica respondió más a necesidades económicas que a una verdadera vocación periodística, pero sirvió para fijar la visión del novelista sobre la literatura, la cultura, la política y la sociedad de su tiempo. A la vez, fue razón de tensiones ideológicas y de complejos equilibrios con que Juan Arbó logró hacer de la escritura su medio de vida.

Palabras clave: Sebastià Juan Arbó, *La Vanguardia Española*, Luis Martínez de Galinsoga, articulismo, literatura española del siglo xx.

Fecha de recepción: 15/2/2024.

Fecha de aceptación: 7/6/2024.

Title: Against Journalism: Sebastià Juan Arbó's Tenure at Luis Martínez de Galinsoga's *La Vanguardia Española* (1952-1961).

Abstract: This article examines the role of Sebastià Juan Arbó, a prominent novelist in 20th-century Spanish and Catalan literature, as a contributor to the literary pages and opinion columns of *La Vanguardia Española* during its early period under the direction of the Falangist Luis Martínez de Galinsoga. Through an analysis of these contributions and the author's correspondence—combined with an exploration of the textual genesis of his memoirs and unpublished archival material—the study offers a first in-depth foray into a subject largely overlooked by academic research. It reveals how this journalistic activity was driven more by economic necessity than by true vocational interest, yet served as a vehicle through which the novelist articulated his vision of literature, culture, politics, and society. At the same time, it was a source of ideological tension and delicate negotiation, through which Juan Arbó managed to make writing his livelihood.

Key Words: Sebastià Juan Arbó, *La Vanguardia Española*, Luis Martínez de Galinsoga, newspaper column writing, 20th-century Spanish literature.

Date of Receipt: 15/2/2024.

Date of Approval: 7/6/2024.

1 Este artículo se ha elaborado con el apoyo de una ayuda a la Formación del Profesorado Universitario del Ministerio de Universidades [FPU20/01168] y se ha beneficiado

1. ESCRIBIR PARA SOBREVIVIR

Las colaboraciones en la prensa marcaron gran parte de la trayectoria de Sebastià Juan Arbó (la Ràpita, 1902 - Barcelona, 1984), novelista destacado de las letras catalanas y españolas del siglo xx, en especial desde 1952 en adelante. Por ello, esta faceta de su ejercicio profesional fue objeto de una intensa revisión en sus memorias, *Los hombres de la ciudad* (Planeta, 1982), puntualmente en pasajes aislados, y como tema central, en los capítulos “Males y males”, “Colaboraciones y amistades” y “El moderno triunfador”. Sin embargo, sigue siendo un aspecto prácticamente inexplorado por la investigación académica, que hasta ahora lo ha tratado poco más que como una nota a pie de página dentro de su trayectoria. El análisis del proceso de gestación textual de esta obra memorialística, unido a la revisión de los epistolarios asociados con los responsables de los principales medios donde tuvieron lugar estas contribuciones y la localización de documentación inédita de archivo ilumina aspectos hasta el momento completamente desconocidos del novelista en funciones de articulista.

Aunque no ejerció estrictamente como periodista, es sabido que estas ocupaciones resultaron siempre incómodas para Sebastià Juan Arbó, cuando no desagradables. Ya en la conocida entrevista a la joven Mercè Rodoreda había respondido de manera tajante preguntado por esta misma cuestión:

—I no us tempta el periodisme?

—Periodisme? En fujo. Xucla molt, quan escric un article qualsevol, em trobo que no puc escriure una novel·la almenys durant quinze dies, i per damunt de tot, les meves novel·les...²

Concibió el articulismo desde sus inicios como una distracción fatal de su verdadera vocación, una percepción negativa que nunca abandonó. Fueron fundamentalmente las razones económicas —no la influencia,

do de la obtención de una estancia breve de investigación del mismo programa [EST25/00018], que realicé en la Universidad de Alcalá.

2 Mercè Rodoreda, “Intervius. Parlant amb S. Joan Arbó”, *Clarisme. Periòdic de Joven-tut, Art i Literatura*, 2 (1933), p. 2.

no la proyección pública, no el supuesto prestigio, no la convicción personal— las que descubrieron esta senda como una forma de adaptación, una especie de concesión ante los rigores de la posguerra y la vejez con que no renunciaba, en última instancia, a la escritura como profesión³.

Se documentan al menos 1273 piezas firmadas por Sebastià Juan Arbó en la prensa, descontando las entrevistas, los avances de sus novelas en estos medios y la publicación de algún relato o poema original, pero inclu-

-
- 3 En palabras de Arcadi Espada (2001), “[a] veces, para conseguir dinero [Sebastià Juan Arbó] escribía artículos cazarros en *La Vanguardia Española*” (p. 35). Esta es la razón por la cual, paradójicamente, Sebastià Juan Arbó hizo gestiones infructuosas en más de una ocasión por conseguir el carné de periodista. Venía persiguiendo esta acreditación desde que Juan Aparicio fuera director general de Prensa (1951-1957), y que más tarde probó por mediación de Santiago Arbós. La cuestión también aparece en la correspondencia remitida a Santiago Nadal, en que la calificó de “la tontería, o el error, quizá el más grande que he cometido en mi vida” (Arxiu Municipal de la Ràpita, Fons Sebastià Juan Arbó, 16/10/1973). Es probable que esta gestión tenga relación con alguna suerte de gestión vinculada a los intentos de Sebastià Juan Arbó de conseguir una pensión a la que su dedicación a las letras no le daba derecho todavía. El intento más decisivo, sin embargo, se documenta a principios de 1974 en la correspondencia mantenida con Carles Sentís Anfruns, recién nombrado vicepresidente primero de la Associació de la Premsa Diària de Barcelona. En la carta remitida por el novelista se evidencia hasta qué punto los contactos y las amistades podían pesar para obtener irregularmente prebendas de este estilo, por más que Juan Arbó se creyese acreditado por su condición de colaborador longevo de *La Vanguardia* y *ABC*: “a veure si es troba aquest ‘resquici’ i si no es troba, a veure, si es pot crear, o inventar” (Fons Carles Sentís i Anfruns, Arxiu Montserrat Tarradellas i Macià, 15/01/1974). Aunque las gestiones por parte de Sentís, si se produjeron, no prosperaron, el hecho no deja de poner de manifiesto la precariedad económica del escritor, que incluso en su vejez seguía sorteando las estrecheces del oficio escribiendo e intentando promocionarse en un género del que siempre abjuró. A finales del mismo año, y con motivo ahora del nombramiento de Sentís como presidente de la misma asociación, Juan Arbó reiteró su felicitación epistolar en tono amical con las siguientes palabras, en las que se deja entrever, nuevamente, la situación del novelista: “No s’hi val que amb tan poc treball hagis aconseguit tant, i jo, amb tant treball, tan poc. No s’hi val, però he tingut una alegria. Bromes a part, ja saps com m’alegren els teus èxits, sobre tot aquest, i més que pel que és en sí, el que representa” (Fons Carles Sentís i Anfruns, Arxiu Montserrat Tarradellas i Macià, 11/12/1974). Lo cierto es que Carlos Sentís había cosechado una proyección profesional en lo periodístico y político al calor del régimen impensables para Juan Arbó.

yendo en el cómputo las reproducciones de artículos originales en otros diarios de provincias⁴.

En sus primeros años de actividad, sus contribuciones en la prensa fueron muy esporádicas, limitadas a periódicos o revistas editadas en Cataluña, con un periodo de mayor actividad concentrado en el año 1933, pero con grandes intermitencias desde que se le abrieran las páginas de los regionales *El Faro. Periódico Republicano Democrático*, *El Eco de la Comarca* o *Montsià* a finales de la década de 1910, en las que llevó a cabo sus primeras tentativas como escritor, y hasta que, con una mayor participación en la vida literaria de la capital, se le brindara la posibilidad de colaborar en *La Publicitat*, *Mirador*, *La Revista*, *L'Opinió*, *Avui. Diari de Catalunya*, *La Veu de Catalunya* o *Última Hora*. En estas, ejerció la teorización del hecho literario y la crítica, participó en debates y polémicas culturales e hizo alguna incursión discreta en temas de actualidad y política; en palabras de Matas, perfilando “un tarannà marcat per posicions irreductibles i categòriques”⁵ que fue su seña de identidad en estas lides⁶. Terminada la Guerra Civil, dos participaciones puntuales en *Apolo. Boletín de Bibliografía y Barcelona Atracción* fueron excepciones a un periodo prolongado de silencio.

Las colaboraciones de Sebastià Juan Arbó en la prensa no tuvieron regularidad hasta 1952, un año que inauguró una etapa de intensa actividad que, con fluctuaciones, se mantuvo sostenidamente hasta finales de 1979, cuando estas participaciones acusan ya grandes discontinuidades.

Estas tribunas desplegaron una gran variedad de temas a través de los cuales Sebastià Juan Arbó fijó su visión del mundo. En el ámbito literario,

4 Todas estas participaciones quedan recogidas en el capítulo segundo de la *Bibliografía de Sebastià Juan Arbó (1918-2024)*, de próxima aparición, que he elaborado junto a Joel Reverter Lainez. Es de justicia reconocer la extensa recopilación de artículos del novelista que ensayó Marta Matas (*Sebastià Juan Arbó: De la realitat viscuda a la ficció narrativa. Anàlisi d'un desarrelament en la literatura catalana*, Tarragona, Universitat Rovira i Virgili, 2021 [tesis doctoral], pp. 730-761), que completamos con numerosos hallazgos propios y con las generosas aportaciones de Albert Aragónés Salvat y Roc Salvadó Poy. Nuestra relación bibliográfica, que cuenta 1273 aportaciones de este género, queda, por el momento, como la más exhaustiva, si bien con la convicción de que sigue siendo incompleta.

5 Matas, *ibidem*, p. 269.

6 Véase Matas (*ibidem*, pp. 269-282), que desgranó estas contribuciones y analizó con precisión el papel que cumplieron en la sociedad literaria del momento.

su hábitat natural y en el que se movía con mayor soltura, ejerció la crítica de obras y autores tanto clásicos como contemporáneos, teorizó sobre géneros y tendencias, relató la historia de movimientos y períodos, y trazó semblanzas tanto de las grandes plumas como de aquellas injustamente olvidadas. También expuso su diagnóstico sobre el panorama presente —el estado de la crítica y la historiografía literaria, la crisis de la novela, el papel de los premios literarios, la situación profesional del escritor...—, y entabló diálogos, a menudo polémicos, con otros literatos e intelectuales a cuenta de todas estas cuestiones. Además, ejerció como cronista de eventos literarios, registrando su testimonio en jornadas, galardones y homenajes. Aunque en menor medida, sus reflexiones se extendieron también al ámbito cultural y artístico, tratando cuestiones como el papel del intelectual en la sociedad moderna, las artes visuales, el cine, la televisión y los medios de comunicación.

En el comentario político preponderó la reflexión de actualidad centrada en los conflictos internacionales, los movimientos políticos —con un claro sesgo anticomunista—, los desafíos de la democracia, el imperialismo, los nacionalismos y la configuración de Europa. En paralelo, abordó también eventos y figuras históricas relevantes, con especial atención en el pasado reciente y las consecuencias de distintos regímenes y episodios bélicos. En este sentido, dedicó también una importante parte de sus artículos a plasmar su memoria personal, evocando sus recuerdos de infancia y juventud, su vivencia de momentos históricos clave, y su relación con su círculo de amistades y de colegas de profesión, con especial énfasis en las necrologías. Sin articular un discurso social definido ni excesivamente combativo, dirigió su mirada hacia la pobreza y las desigualdades sociales con gran sensibilidad y denunció las contradicciones del progreso económico y los efectos de la industrialización. También se interesó en los avances científicos y sus implicaciones éticas, la exploración espacial y sus logros, y el impacto de la tecnología en la vida cotidiana.

Sus tribunas dieron cabida, además, a reflexiones filosóficas que, sin una profundidad conceptual ni una organización sistemática de las ideas, reflejaban sus preocupaciones e inquietudes: la felicidad y la búsqueda del sentido de la vida, la libertad y sus límites, la actitud ante los desafíos de la existencia y la muerte, la ética en las sociedades modernas, el lenguaje y las formas de comunicación humanas, la educación, la fe y el análisis

del comportamiento humano —la psicología del miedo, la envidia, la vanidad, el orgullo, la soledad...

En clave local, legó un vasto corpus de una importante dimensión antropológica, etnográfica y testimonial, en el que observó el desarrollo y transformaciones del Delta del Ebro, y los riesgos ecológicos, económicos y sociales asociados a estos cambios. Retrató la vida en los pueblos, sus costumbres y modos de vida, el folclore y las tradiciones populares, y reflexionó sobre la especificidad de la identidad cultural de esta región en relación con Cataluña. Aunque no es exclusiva de esta clase de piezas, en ellas sale a relucir especialmente la veta más emocional del escritor, la que lo conectaba con los que denominó los “motivos del sentimiento” en más de un título. Incluso en un registro más ligero, sus tribunas también dieron cabida a la cotidianidad, abordando temas más banales, anécdotas, curiosidades y chascarrillos, motivados, a menudo, por las razones más insospechadas.

Marta Matas⁷ ya realizó una aproximación a los principales rasgos estilísticos y conceptuales de la prosa articulística de Sebastià Juan Arbó. No es el propósito de este apartado ahondar en ese análisis, a cuya consulta remitimos; aun así, cabe destacar algunas de las hipótesis apuntadas por el interés que revisten como posibles claves de lectura. La estudiosa puso de relieve las conexiones entre la concepción arboniana de la novela y su práctica de la escritura ensayística dentro de un género con unas limitaciones de extensión definidas, y explicó con base en ellas las dificultades que enfrentó el escritor en el cultivo del artículo. Este factor, junto con la reiteración temática, que, a nuestro juicio, no obedece tanto a la escasa variedad de motivos como a la falta de originalidad en su desarrollo; cierto deje conservador y un estilo barroquizado, recargado de muletillas y manierismos desmañados que hicieron las delicias de un burlesco Marsé⁸,

7 Matas, *ibidem*, pp. 282-287.

8 Juan Marsé, “Sebastián Juan Arbó”, *Por Favor*, 55 (1975), p. 9. Esta parodia fue contestada por vía epistolar. Aparentemente, el escritor restó importancia a la crítica estilística implícita en la forma del retrato de Marsé. Centró, en cambio, toda su atención en replicar la visión de escritor reaccionario, sin reparar excesivamente en las ironías sobre ciertas torpezas intelectuales, e interpretando incluso cierta simpatía por parte del joven novelista barcelonés: “Dice Vd., por ejemplo, que uno está detenido ‘en el tiempo amarillo de esta foto’; es decir, si entiendo bien, que lleva el reloj con retraso con respecto a su época. Es esta una opinión bastante aceptada en ciertos medios, y

explican el escaso eco que obtuvo en esta faceta profesional, parte de las críticas recibidas, y en última instancia, el declive de su participación en el medio en sus últimos años de vida. De todos estos aspectos nos ocuparemos a continuación.

2. HACIA LA PROFESIONALIZACIÓN

1952 fue un año de adaptación y tanteos, como lo demuestra la variedad de cabeceras que acogieron sus aportaciones: *Voy. Semanario Gráfico*⁹, *Revista. Semanario de Información, Artes y Letras, Destino, Ateneo, Las Ideas, el Arte y las Letras, Solidaridad Nacional, El Noticiero Universal, La Vanguardia Española...* Fue la confección de dos piezas para el xxxv Congreso Eucarístico Internacional, encargadas por el Servicio Especial de Crónicas de la delegación en Barcelona de la Dirección General de Prensa del Ministerio de Información, la que abrió las puertas a Sebastià Juan Arbó de dos de los periódicos que marcaron su actividad articulística: *El Noticiero Universal* y *La Vanguardia Española*. En estas crónicas, reflexionaba sobre la importancia del evento en relación con la paz mundial, y el papel que jugaba la Iglesia en la reconciliación entre los pueblos y la construcción de una sociedad más justa en la Europa de las grandes guerras. Al mismo tiempo, lamentaba la necesidad de las sociedades humanas de construir esa paz con las armas y la crisis de valores e ideales de las sociedades contemporáneas, con la institución eclesiástica como la luz que debía guiar

establecida con la ligereza —y la intención— con que suelen establecerse esta y otras opiniones entre nosotros. Creo que, en este punto, se hace alguna confusión; que una cosa es estar con su época y otra estar contra su época, y juzgo que en el hecho de estar contra ella está la prueba mejor de que uno está con ella, aunque no le guste, naturalmente, y le suscite ira muchas veces, y muchas veces hasta asco, sobre todo, en los ambientes artísticos y literarios. [...] Son los peligros —y perdone— de establecer juicios sobre un escritor, por sus orejas, o por la expresión de su rostro, de un momento, y que puede estar ligado a una circunstancia, o por algunos textos leídos a la ligera. [...] De todos modos, creo que siempre es de agradecer —y un poco de maravillar— que se ocupen de uno, por un escritor joven, sin animosidad ni rencor, y sin demasiada mala intención” (Arxiu Municipal de la Ràpita, Fons Sebastià Juan Arbó, 15/01/1979).

9 En esta publicación firmó puntualmente con el pseudónimo “Jorge Plana”, como ya había hecho años atrás en la revista *Montsià* en su variante catalana, “Jordi Plana”.

a la humanidad en ese trance. Ambas piezas, enormemente complacientes con la línea nacionalcatólica imperante, aparecen impregnadas de un fervor espiritual inusual en su producción. Véase esta descripción de la ciudad de Barcelona como cifra del idilio de la cristiandad a que aspiraba el evento:

En ella podemos ver un reflejo del sueño de Dante, el sueño del imperio universal, con el Papa como jefe supremo, y bajo la égida del emperad[o]r, juntando así la espada con la Cruz. Era aquel sueño por el que luchó y padeció y por el que fue odiado en Florencia y perseguido como había sido antes odiado y perseguido San Agustín, en Cartago por el mismo sueño. Era el sueño de tantos poetas, de tantos artistas, de tantos pensadores [...].

En esta ciudad nueva, en estos días claros de primavera, en estos días, podríamos decir, de bendición, uno quiere ver y lo ve, a un hermano en cada peregrino, un compatriota en cada extranjero¹⁰.

Ambas piezas conocieron amplia difusión en periódicos nacionales y provinciales —*Solidaridad Nacional, La Noche, Diario de Burgos, Arriba, ABC, La Voz de España, Yugo, Jornada, El Diario Palentino. El Día de Palencia, Línea, La Verdad...*—, y fueron, sin duda, las más reproducidas del autor.

Esta anomalía no responde sino a un momento en que Sebastià Juan Arbó hacía toda clase de equilibrios con la censura para lograr a toda costa la aprobación del texto de su *Verdaguer: el poeta, el sacerdot i el món*. Este gesto propició un acercamiento con el director general de Prensa, Juan Aparicio López, que fue clave como uno de los principales valedores de la biografía ante Juan Beneyto y Florentino Pérez Embid. En una carta de 9 de junio de 1952¹¹ en que el censor le anunciaba el abono de 500 en pago por cada una de sus crónicas, mencionaba ya un acercamiento a Carles de Godó i Valls, propietario de *La Vanguardia Española*, y con la dirección de *El Noticiero Universal* para lograr la colocación de Sebastià Juan Arbó en ambas casas¹².

10 Sebastià Juan Arbó, “Un reflejo del sueño de Dante, en el Congreso Eucarístico de Barcelona”, *La Noche* (31/05/1952), p. 2.

11 Arxiu Municipal de la Ràpita, Fons Sebastià Juan Arbó.

12 Una carta del 13 de febrero de 1951 (Arxiu Municipal de la Ràpita, Fons Sebastià

Fue un éxito en ambos sentidos. La publicación de “La última esperanza” el 17 de julio de 1952 marcó el inicio de las colaboraciones de Sebastià Juan Arbó en *El Noticiero Universal*. En el capítulo “Colaboraciones y amistades” de sus memorias explicó que esta había sido la casa donde más a gusto había estado y donde contó con mayor libertad, especialmente por la confianza que le había brindado José María Hernández Pardos, subdirector del periódico barcelonés, y desde 1966 hasta 1972, su director¹³. Pero esta vinculación fue más bien pasajera: apenas llegaron a publicarse 21 artículos, a razón de uno semanal, con alguna intermitencia. La opción de *La Vanguardia Española*, dirigida por entonces por el falangista Luis Martínez de Galinsoga, se materializó a finales de ese mismo año en una propuesta que lo comprometía a escribir en exclusiva para esta cabecera. Entre tanto, Enrique del Castillo, director de *Diario de Barcelona*, habría igualado económicamente en vano la oferta de Galinsoga para atraer la pluma de Juan Arbó a su periódico. El 9 de noviembre de 1952 apareció su primer ensayo en *La Vanguardia Española*, titulado “La carroña y el diente”. Sin embargo, estas tribunas se simultanearon todavía durante unos cuantos meses con otras que se publicaron también en el periódico anterior. El rapitense explicó que esta circunstancia se debía a una deuda contraída con *El Noticiero Universal*, donde debía todavía seis artículos, y que el medio fue sacando escalonadamente a medida que *La Vanguardia Española* publicaba también los nuevos, con el consiguiente toque de atención que le suponía por parte de esta empresa¹⁴.

Juan Arbó) informa del envío de un ejemplar del *Cervantes* a Carles de Godó, gesto que este agradeció. Marcó el inicio de una relación epistolar más bien esporádica. En julio de 1952, y antes de hacerse efectiva su colaboración en *La Vanguardia Española*, Sebastià Juan Arbó felicitó al conde por su condecoración con la Gran Cruz del Mérito Civil otorgada por Francisco Franco, según se desprende de la respuesta que este le envió. Es probable que, con estas acciones, el novelista buscara ganarse su favor o allanar el camino para acceder a la tribuna del diario.

- 13 Sebastià Juan Arbó, *Memorias. Los hombres de la ciudad*, Barcelona, Planeta, 1982, pp. 222-226.
- 14 También da cuenta de ello una carta de 15 de enero de 1953 de Galinsoga en que anuncia la suspensión temporal de la colaboración del rapitense: “Tiene usted que resignarse a elegir entre ese periódico o el nuestro para su colaboración en Barcelona. Por lo pronto dejaré sin publicar ningún artículo de usted hasta tanto no haya usted resuelto cosa definitiva y con promesa formal de cumplirla” (Arxiu

Atribuyó esta maniobra a la indignación de Hernández Pardos, disgustado por su marcha. En puridad, se trata de una hipérbole, cuando no de una inexactitud. Fueron en realidad diez los artículos que publicó *El Noticiero Universal* en paralelo. Al contrario de lo que afirmó el escritor, la supuesta treta de hacerlos coincidir el mismo día aprovechando que *La Vanguardia Española* era de edición matinal y el otro, de tarde, se habría producido en realidad en dos momentos puntuales, el 4 de febrero y el 19 de marzo de 1953. A partir de esta fecha, no volvió a aparecer ningún artículo de Sebastià Juan Arbó en las páginas de *El Noticiero Universal* hasta el 15 de septiembre de 1953, fecha que rubricó definitivamente el fin de estas colaboraciones.

Un vistazo a la historia textual de este capítulo permite perfilar algunos de los aspectos que rodearon este momento de la trayectoria profesional de Sebastià Juan Arbó como articulista. Es, parcialmente —desde “También en las colaboraciones”¹⁵ hasta “me habría ido peor”¹⁶—, el resultado de la adaptación de un artículo original que permaneció inédito, “Mi adiós al amigo”¹⁷, una necrología dedicada a José María Hernández Pardos, quien fuera subdirector del periódico barcelonés en el breve periodo en que colaboró el rapitense, y desde 1966 hasta 1972, su director. La versión del impreso, más concisa y general, y de tono menos introspectivo y elegíaco, limó por ejemplo la mención a Luis Gonzaga Manegat, el director del periódico durante la etapa del novelista como colaborador, y de quien insinuó que ejercía realmente mucha menos influencia que Hernández Pardos. El aspecto de mayor interés del inédito afecta a los dos últimos párrafos, en que el novelista relató el estado de abatimiento del periodista tras su desenlace al frente del periódico en 1972, dramático a su modo de ver, sustituido por Manuel Tarín Iglesias. Al margen de *El Noticiero Universal*, la pieza también atribuía como un factor decisivo de su marcha a *La Vanguardia Española* al renombre de que gozaba la cabeceera en toda la región: “Hice bien y no creo que haya de esforzarme en jus-

Municipal de la Ràpita, Fons Sebastià Juan Arbó, 15/01/1953). Esta interrupción duró dos semanas.

15 Sebastià Juan Arbó, *Memorias. Los hombres de la ciudad*, p. 222.

16 *Ibidem*, p. 223.

17 Arxiu Municipal de la Ràpita, Fons Sebastià Juan Arbó, registro 1028. Puede consultarse la edición de este artículo en el anejo final.

tificar mi decisión; el prestigio de *La Vanguardia* en nuestros pueblos era —y es— enorme; yo pienso siempre en mi pueblo y creo que solo cuando vieron mi nombre en *La Vanguardia* empezaron a hacerme caso”¹⁸.

3. TENSIONES CON LUIS MARTÍNEZ DE GALINSOGA

La pieza inédita “Mi adiós al amigo” incluía, por último, un apunte sobre las discrepancias entre Luis Martínez de Galinsoga y el escritor, que trasladó de forma extensa al capítulo “Males y males”. De acuerdo con el relato memorialístico, el director del diario, falangista de un anticatalanismo acerado, habría encargado al rapitense la redacción de un artículo conmemorativo de la “liberación” de Barcelona, es decir, de la entrada en la Ciudad Condal de las tropas nacionales el 26 de enero de 1939 durante la Guerra Civil. Se trataba de una tradición iniciada en 1940, desde que en abril de 1939 Galinsoga asumiera la dirección de *La Vanguardia Española* por nombramiento del ministro de la Gobernación, Ramón Serrano Súñer, y a la que se habían sumado en otras ocasiones Manuel Machado, Eugeni d’Ors o José María Pemán, entre otros¹⁹. Sin embargo, Sebastià Juan Arbó se habría opuesto rotundamente alegando que existían motivos de peso por los que esa fecha no representaba para él un motivo de celebración, sino todo lo contrario. Habría defendido esta posición en una extensa misiva fechada el 10 de febrero de 1954 que convirtió en uno de los dos únicos documentos que constan en el “Apéndice” de *Los hombres de la ciudad*, junto con una carta remitida por Josep Tarradellas el 21 de febrero de 1968 desde el exilio. En sus propias palabras:

Hubiera podido escribir un artículo hablando del hecho, con tacto, sin necesidad de comprometer mi posición; lo hicieron otros, más pillos, o más avisados, pero soy demasiado sincero, o demasiado tonto, a mí me pareció que el artículo se pedía para con aquel objeto

18 Esta observación se lee con ligeros cambios y aisladamente en el capítulo “Excursiones y salidas” (Sebastià Juan Arbó, *Memorias. Los hombres de la ciudad*, pp. 229-230).

19 Francesc Vilanova, “Luis de Galinsoga i els seus amics: cinc anys commemorant la liberación de Barcelona (1940-1944)”, *Franquisme & Transició*, 1 (volumen 1) (2013), pp. 79-123.

cantar la “liberación”, y no quise unirme a ella, porque no lo sentía. Con este motivo, le escribí a Galinsoga una larga carta, [...] en la cual me negaba a escribir el artículo, diciéndole, pues era la verdad, que en aquel final no había habido para mí alegría²⁰.

La misiva, tal como se transcribe en *Los hombres de la ciudad*, es quizás el documento más comprometedor de cuantos se conocen del escritor, tanto por su contexto de producción como por el contraste con el perfil bajo que solía mantener en sus comunicaciones privadas y públicas en materia ideológica. Con ella, el escritor respondía a una severa reprimenda epistolar de Galinsoga en un tono franco y conciliador. Expresaba que, a pesar de comprender el significado histórico de la fecha, no representaba para él un motivo de celebración, pues muchas de sus amistades —escritores e intelectuales de izquierdas, hombres honestos con un ideal, pero no por ello criminales— habían tenido que exiliarse a raíz de ese acontecimiento. Esa experiencia desgarradora había dejado en él un sentimiento de tristeza persistente; le impedía exaltar un hecho que había supuesto tanto dolor para personas queridas e inocentes. A su juicio, conmemorar este tipo de efemérides carecía de sentido, pues solo contribuía a alimentar el odio y la división y a ahondar en heridas todavía abiertas. Abogaba, en cambio, por trabajar por mitigar esos sentimientos y fomentar el olvido de la tragedia. Asumiendo las consecuencias que pudieran acarrear sus palabras y más allá de esta discrepancia puntual, la carta concluía con una reivindicación de la independencia de pensamiento y la rectitud personal en coherencia con las ideas propias, así como con una defensa de la vocación literaria como principio insobornable y motor vital, al margen de dictados y sometimientos²¹.

Sin embargo, conviene completar algunas lagunas y zonas grises del texto memorialístico en lo que atañe al relato de este choque. Los indicios epistolares conservados conducen a descartar rotundamente que esta fuera la reacción inmediata de Sebastià Juan Arbó al encargo de Galinsoga, transmitido a través del secretario de la dirección del periódico, Julio Ichaso Oñate²². El novelista llegó a redactar como mínimo tres cartas previas a la que trascribió en *Los hombres de la ciudad*, de cuyas correspondientes répli-

20 *Ibidem*, p. 209.

21 *Ibidem*, pp. 323-325.

22 Arxiu Municipal de la Ràpita, Fons Sebastià Juan Arbó, 09/01/1954.

cas, si llegaron a producirse por vía postal, solo se ha conservado la primera. De estas misivas dan cuenta tres borradores preservados en su acervo que evidencian su extrema cautela y su empeño en eludir el motivo principal de su negativa, con la promesa de una explicación formal detallada en el futuro. Tratados con la debida precaución que requiere este tipo de materiales, estos documentos permiten esbozar el desarrollo de esta conversación.

La primera respuesta de Sebastià Juan Arbó habría sido bastante ambigua: a pesar de declararse honrado por la invitación —pues suponía que se le contaba entre las figuras más distinguidas de la ciudad—, solicitaba a Galinsoga que lo eximiera de la obligación —que él interpretaba como tal— al no considerar que su perfil fuera el más adecuado. Esta posición quedaría definida en *María Molinari*, novela de próxima aparición a cuya lectura remitía:

estoy seguro que el tema que se me brinda no es el más a propósito para mí; que no podría, por lo tanto, hacer el artículo que podría esperarse, que no desmereciera de los otros, y sobre todo, el que yo desearía por usted.

Le ruego, por ello, me perdone; le suplico también no atribuya mi abstención a otros motivos que los indicados. Mi actitud, en cuanto a mí, no oculta ningún secreto; mi posición, por el contrario, es muy clara, como se demostrará. Está a punto de aparecer una novela mía, *María Molinari*. Entre los primeros a quien la pensaba —y la pienso— enviar está usted. Da la casualidad que en esta novela toco precisamente puntos relacionados con nuestra guerra civil. Le ruego le dedique algunas horas de atención. Estoy seguro que en ella verá claras las razones de mi actitud en este asunto —aquí serían largas de explicar—, y hasta abrigo la esperanza —pues le conozco— de que me las sabrá justificar²³.

4. SUGERENCIAS DE *MARÍA MOLINARI*

Al margen de lo ingenua que pudiera parecer esta perspectiva, no deja de ser relevante la confirmación de que a *María Molinari* subyacía un discurso mediante el cual el autor fijaba su posición sobre los hechos de la

23 Arxiu Municipal de la Ràpita, Fons Sebastià Juan Arbó, 19/01/1954.

historia reciente valiéndose de distintos mecanismos narrativos. Matas²⁴ ya analizó con detalle y acierto cómo las novelas de ambientación urbana de esta etapa responden a la voluntad del autor de plasmar literariamente su visión del mundo, a menudo mediante la inserción de personajes con roles protagónicos que se instituyen como sus portavoces. Sin ánimo de repetir ese estudio, cabría hacer una breve incursión en la novela para intentar poner en relación las posibles interpretaciones de algunos hechos —en tanto manifestaciones de la ideología del autor— con la postura que defendió en la epístola transcrita en sus memorias.

María Molinari narra la historia de un doble triángulo amoroso del que participan personajes de origen burgués. La acción se desarrolla en Barcelona entre el otoño de 1947 y el mes de marzo de 1950, lo que permite al narrador construir un retablo que refleja los contrastes y tensiones entre las realidades sociales que coexisten en el paisaje urbano. Los personajes transitan entre la parte alta y la parte baja, a menudo como una forma de transgresión de clase que deriva en su degradación física y moral.

La figura de Andrés Albará es clave para conectar ambos mundos, pues se mueve entre ellos como un Virgilio. Funciona como contrafigura de Juan Arbó, quien se infiltra en él tanto a través de los rasgos psicológicos y éticos que le imprime, como mediante el uso de un narrador extra-diegético que recurre con frecuencia la focalización interna y al discurso indirecto libre. No en vano, aparece connotado virtuosamente: encarna la autoridad, la rectitud y la integridad morales, con una postura firme y definida. Abandera, además, un principio recurrente en las expresiones tanto públicas como privadas del autor: “Lo único que me propongo cuando expreso mis opiniones es esto: ser sincero. Lo demás me tiene sin cuidado...”²⁵. Esta actitud tiene una traslación tanto a la vida pública de Albará como escritor y crítico de arte, como a su esfera privada, en la que debe lidiar con una compleja situación doméstica y con otra aún más desafiante, representada por el adulterio de María Molinari.

Se trata de una novela de una voluntad moralizadora manifiesta, un rasgo ya señalado por la crítica contemporánea²⁶ y reconocido incluso por

24 Marta Matas, *Sebastià Juan Arbó: De la realitat viscuda a la ficció narrativa*, pp. 169-172, 330-334, 568-575 y 602-623.

25 Sebastià Juan Arbó, *María Molinari*, Barcelona, Éxito, 1954, p. 12.

26 Véanse Josep María Espinàs, “Panorama de artes y letras... Despues de *María Molinari*”

el censor²⁷, que apunta directamente a la crisis de valores desatada sobre el modelo de familia tradicional. Pero, a diferencia de lo que pudiera decirse, por ejemplo, de *Sobre las piedras grises*, *María Molinari* es una obra ambivalente, pues además de reflejar la realidad de las clases marginales de la Barcelona de posguerra, presenta ciertos rasgos de denuncia, sin por ello repartir culpas ni abandonar el lugar de enunciación que pretende preservar.

La causa última de esta situación remite siempre a los estragos causados por la Guerra Civil, telón de fondo de la trama. Su impacto se evidencia en las transformaciones urbanas: una ciudad que ha borrado la vitalidad de la que otrora gozara, sustituyéndola por un panorama sombrío de inactividad y postración en pleno corazón de las Ramblas²⁸. El paso de Andrés Albará, Verdera, Ernesto Romagosa y Jaime Medina por el Raval —un auténtico descenso a los infiernos— descubre un ambiente de penurias, depravación y vilezas, que se señala directamente en la voz del protagonista como una lacra de la guerra²⁹.

nari”, *Destino*, 880 (1954), p. 24, Rafael Manzano, “Crítica literaria. Novela. *María Molinari*, de Sebastián Juan Arbó”, *Revista. Semanario de Información, Artes y Letras*, 104 (1954), p. 10, y Rafael Morales, “Los libros y su crítica. Agria censura de la vida moderna en *María Molinari*”, *Ateneo* (01/05/1954), p. 23.

27 Archivo General de la Administración, Fondo de Cultura, expediente 7475-53.

28 Sebastià Juan Arbó, *María Molinari*, p. 85.

29 “A medida que se adentraban, las rameras se hacían más abundantes; surgían no se sabía de dónde, se les acercaban, les rodeaban. [...] En un portal había dos muchachas hablando; parecían dos niñas. Albará las miró. Algunas, es verdad, lo fingían, y usaban faldas cortas y calcetines y zapatos de tacón bajo, y se peinaban el cabello en trenzas, para ofrecer más atractivo; pero la verdad era que las había muy jóvenes. La miseria que había seguido a la guerra había aumentado la corrupción; la necesidad arrojaba inocentes sin cesar al sacrificio, empujadas en la mayoría de los casos por sus propios padres. Algunas, desde allí, saltaban a los escenarios del Paralelo; ensayaban cuplés atrevidos y la manera más incitante de mostrar sus encantos, instruidas para ello por hábiles maestros; otras salían hacia los cabarets. Alguna, más afortunada o más hábil, lograba atraerse un protector; alguna también conseguía triunfar, hacerse un nombre; la mayoría se hundía en el vicio y la miseria; se perdían poco a poco en la charca infecta del barrio. [...] Albará pensaba en la gente que, en Barcelona, visita a menudo estos barrios; gente de todas las clases: aristócratas, fabricantes, pequeños burgueses, que van allí con sus mujeres. Se preguntaba qué podían encontrar de divertido en el vicio, la corrupción, la miseria de estos lugares. [...] !—Es lo pintoresco, es el color —le dijo amargo—; es lo que buscan nuestros artistas. !—Y no sólo

De forma algo extemporánea e ingenua, la fractura se manifiesta también en los ambientes obreros. En la fábrica de Jorge Fabra, marido de María Molinari, se sugiere la existencia de un movimiento pseudosindical que alimentaría un odio feroz contra el empresario, aunque aceptado y tolerado en cierta medida por este, como secuela de una guerra que había roto una convivencia antaño supuestamente ideal. Así lo expresa el narrador: “Los jóvenes, los formados en las nuevas corrientes, emitían juicios violentos, frases rabiosas e insultantes, que envolvían casi siempre ocultas amenazas; pronunciaban las palabras, mirando al suelo, con una leve y dura sonrisa, con aquella protesta latente, colérica, que les bullía contra los ricos en las entrañas”³⁰. La Guerra Civil habría actuado como revulsivo de esta ruptura, hasta el punto de que la familia del empresario se había visto obligada a huir temporalmente ante una creciente sensación de inseguridad: “La revolución había levantado entre ellos y los obreros un muro que nada podría abatir; había dejado en las almas un poso de odio más hondo y concentrado, aunque más disimulado”³¹. Como ya explicó Matas³², Juan Arbó aplicó a su lectura del contexto laboral de finales de la década de 1940 categorías más propias de la etapa prebélica, y soslayó, además, la existencia de represión contra cualquier atisbo de organización social. A esto se suma el carácter empático de Fabra, quien se aleja del estereotipo del empresario capitalista sin escrúpulos, y se presenta más bien como una figura comprensiva y paternalista. La novela introduce también esta dialéctica a través de un personaje que actúa como contrapunto, Marco Millá, empleado de banca de ideología socialista, que encarna el ideal de amistad arboniano como anclaje de humanidad frente a las discrepancias de pensamiento:

Jorge tenía un amigo de colegio, algo mayor que él. Antes de la revolución había figurado algo en política, y hasta había ostentado un cargo de cierta importancia. En la actualidad estaba empleado en una entidad bancaria. Marco Millá era socialista; lo había sido y

nuestros artistas. Desgraciadamente, son también... La sociedad debe redimirse de este inmenso crimen. Mientras exista esto, no pude haber paz...” (*ibidem*, pp. 90-91).

30 *Ibidem*, p. 145.

31 *Ibidem*, p. 148.

32 Marta Matas, *Sebastià Juan Arbó: De la realitat viscuda a la ficció narrativa*, p. 619.

continuaba siéndolo, pero socialista de izquierda. Era serio, cerrado, dogmático, sin flexibilidad en las ideas. Hablaba con gran seguridad y aplomo, convencido de que era el único poseedor de la verdad. Tenía amistad con Jorge, y a través de él, con su hermano y su familia. Con Jorge se entendía muy bien, porque en la vida corriente Marco Millá era un hombre bonísimo, y quería a Jorge entrañablemente. No obstante, evitaban hablar de política. No se entendían, y así su amistad —cosa rara en este tiempo, por encima de sus creencias, permanecía intacta³³.

Representa el mismo ideal de concordia y hermanamiento por el que el autor abogaría en la carta dirigida a Galinsoga. Lo puso también explícitamente en boca de Andrés Albará, quien plantea en la novela el valor de la amistad como un culto y como un refugio espiritual³⁴.

Pero hay dos momentos clave que permiten esclarecer con mayor nitidez la postura de Juan Arbó frente al director de *La Vanguardia Española* y la razón por la cual remitió a la lectura de *María Molinari* en su primera reacción epistolar tras ser despedido. El primero corresponde a los capítulos IV y V de la primera parte, que narran una salida del matrimonio Albará-Fernández al lujoso cine Windsor Palace de Barcelona. Desde el principio, todas las reflexiones internas del protagonista se centran en la pervivencia de marcados contrastes sociales entre una clase adinerada y ostentosa, y otra marginal de humillados al servicio de la primera, lo que prueba —a su juicio— la inutilidad de las recientes experiencias bélicas, en especial en lo relativo a los horrores del comunismo, de los cuales no se había aprendido nada³⁵. Como es habitual en su novelística de posguerra, el rapitense recurrió a un conflicto internacional para articular un discurso que fácilmente puede leerse como un correlato de su visión de la historia nacional reciente. Así, Albará, que llega con retraso a la sesión, declina entrar a la sala durante la proyección del NO-DO, y lo justifica con las siguientes palabras:

33 Sebastià Juan Arbó, *María Molinari*, p. 145.

34 *Ibidem*, p. 29.

35 Sebastià Juan Arbó, *María Molinari*, p. 47. La versión de 1957 especifica que, a pesar de esta evidencia, con las actitudes adoptadas por las oligarquías económicas “hacemos todo para que prospere el comunismo” (Sebastià Juan Arbó, Barcelona, Destino, 1957, p. 55).

—[...] Estoy harto de ver americanos apuestos, bravos y llenos de simpatía, y a japoneses rechonchos con cara de bestias feroces, respirando odio y crueldad; “jeeps” con ministros y generales, sonrientes y fumando puros, y al lado de ellos³⁶, ancianas trabajando entre las ruinas, niños con cara de hambre. Vi un grupo de chiquillos corriendo tras un carro de basuras del ejército americano para recoger los desperdicios. Era precisamente por los alrededores de Navidad. No lo olvidaré nunca. ¡Cuántas cosas habíamos de ver al final de esta guerra! ¡Cuántas desilusiones habíamos de sufrir los ingenuos que esperábamos en la Justicia y la Caridad! [...]

Emma pensó un momento en Andrés, en su nobleza, en su sinceridad. Emma admiraba a su esposo y le quería. Se había pasado la guerra defendiendo con ardor la causa de los aliados; esta actitud, en los días de las victorias alemanas, le había costado muchos disgustos. No obstante, ahora, viendo la dureza con que era tratado el vencido, sin distinción de culpables y de inocentes, ante los horrores de las deportaciones, los odios y los crímenes, su alma se había inclinado llena de piedad hacia aquel pueblo, vasto campamento de miseria y de lágrimas, de hambre y de esclavitud, sobre el cual paseaban su triunfo los vencedores, sobre el cual se había desencadenado todo el odio del mundo, donde habían sido declarados culpables y tratados como tales hasta los niños.

“¿Qué diferente de tantos que conozco —reflexionó Emma, todavía—, que vistieron, o poco menos, el uniforme de las S. S. en los días de los grandes triunfos y hoy se dedican a adular a Inglaterra hasta en los porteros de los Consulados?”³⁷.

La idea de que la victoria no es siempre sinónimo de justicia, y de que los ideales pueden acabar pervertidos por la venganza, presenta un paralelo claro con la carta a Galinsoga: la denuncia de la miserable situación de la población alemana tras la Segunda Guerra Mundial, y en especial la de los inocentes del conflicto, guarda vínculos evidentes con la situación nacional tras el conflicto civil. En ambos casos, se critica el maniqueísmo de un mundo en que la categoría moral de una persona se define en función del bando al que le ha tocado pertenecer, y no de su verdadera responsabilidad.

36 La versión de 1957 añadía a continuación “en la Alemania vencida,” (Sebastià Juan Arbó, *Maria Molinari*, p. 55).

37 *Ibidem*, pp. 47-48.

A continuación, el encuentro de Albará con el hijo del barbero de su pueblo en el vestíbulo del cine aporta un contrapunto cómico, condicionado, sin embargo, por ese mismo sentimiento de desencanto. A pesar de compartir orígenes, ambos ocupan ahora posiciones muy distintas: uno trabaja uniformado como portero en el local mientras el otro asiste a él como un prestigioso intelectual, integrado en la vida social de las altas esferas de la ciudad. Al observar su porte marcial, Albará le pregunta por su participación en la Guerra Civil. Su paisano le responde que había sido condecorado por méritos de guerra en Teruel, aunque en realidad se debían a que lo hirieron mientras corría hacia el enemigo creyendo que huía en retirada. El chascarrillo le sirve al portero para denunciar, entre la ironía y el desengaño, la precariedad de su situación laboral, la hipocresía de los honores públicos y el abandono real de aquellos que comprometieron su integridad física en la contienda: “Las peripecias las paso aquí. No repare en el uniforme; tampoco en las medallas. Son como las de San Roque de nuestro pueblo: no son de pago”³⁸.

La guerra como tal irrumpió bajo la forma de una écfrasis cinematográfica. La película que se proyecta es *Mrs. Miniver* (1942), dirigida por William Wyler, un filme de un notable valor propagandístico. El narrador reconstruye la obra desde el punto de vista de Albará, implicando sus emociones y pensamientos como espectador. Las escenas que retratan el violento trastorno de la cotidianidad de una familia británica —en especial la célebre secuencia del bombardeo nocturno y el refugio— elevan la reflexión sobre el conflicto mundial, que ya no se presenta como la tragedia individual de un héroe, sino como una catástrofe de alcance cósmico y trascendencia universal, que afecta a toda la humanidad, víctima de sus propias invenciones destructivas. Albará proyecta el horror ficcional a su propio destino, anticipando un futuro sin esperanza marcado por la amenaza atómica:

Y él, Andrés Albará, un hombre simple de Barcelona, con su corazón en su pecho y su fe, pensaba en las bombas de Magassaki [sic] y de Hiroshima; pensaba en Londres y en Berlín; pensaba en la futura humanidad, sometida a la amenaza de una nueva guerra,

38 *Ibidem*, p. 54.

que sobrepasaría en horrores a todas las guerras padecidas; pensaba en sus hijos —cuando vinieran—, en los hijos de sus hijos, en la futura humanidad. Veía figuras humanas corriendo alocadas entre las ruinas y los incendios; y sentía como el contacto de una mano fría que le apretaba en la sombra la garganta: como si se introdujera en su corazón y se lo estrujase bárbaramente. La lengua se le pegaba al paladar, y sentía que un sudor frío y angustiado le inundaba las sienes, le corría por la frente. Tenía casi deseos de gritar³⁹.

Sin embargo, hay otro momento de la novela del que no es necesario hacer extrapolaciones o lecturas entre líneas: la descripción del vecindario del piso de Félix Daura en el Raval, al que se traslada María Molinari cuando se consuma el abandono de su propio hogar. Comparten edificio con personas de condición humilde que son la viva imagen de los estragos sociales causados por la guerra civil, y en concreto, de las represalias adoptadas por el nuevo régimen:

[La señora de la limpieza] [e]ra una mujer ya vieja, o envejecida acaso por las desgracias; vivía realquilada en el piso de abajo, con una familia de obreros. Procedía de un pueblo de Gerona; le habían matado a su esposo y al hijo durante la Revolución, y se había refugiado allí. Parecía medio atontada. Cada día se levantaba de madrugada, y se iba a hacer limpieza en un centro oficial. A María le contó su historia; la muerte de su esposo y su hijo; lo hizo torpemente, y cada vez se ponía a llorar sin poder terminarla.

En el mismo piso vivía una mujer, joven aún, cuyo marido había tenido que huir a Francia al final de la guerra. Ella había estado dos años en la cárcel; entre tanto, el niño, paliducho y medio enfermo, había quedado al cuidado de una vecina. Todas las semanas, el niño había ido a ver a su madre. La anciana de Gerona le había acompañado alguna vez. “Cuando llegaba allí y veía a su madre tras la reja, parecía loco; le gritaba “Madre”, y su grito resonaba entre los gritos de aquel infierno; y todos se volvían, y yo, detrás de la reja, la veía a ella llorar”. “¡Madre, quiero ir contigo!” “Madre saldrá pronto —le contestaba ella, tras un silencio—. Saldrá pronto”.

La anciana ponía el comentario final: “¡Cuántas penas, Dios

39 *Ibidem*, p. 58.

mío! ¡Una no haría más que llorar! Si miras a un lado, lágrimas; si miras al otro, lágrimas. Una no haría más que llorar. ¡Si le hubiese usted visto, el día que salió su madre!" Y se enjugaba los ojos con el delantal, ante aquel recuerdo.

Las llagas de la revolución se mantenían allí más vivas; la necesidad las agrandaba, las hacía durar más, las enconaba con recuerdos; allí se sentía aun con fuerza la resaca, y aquí y allá en la playa desierta, había un resto del inmenso naufragio⁴⁰.

Aunque solo fuera con el propósito de reflejar el ambiente en que se mueve una de las protagonistas, la mirada sobre estas víctimas colaterales del conflicto revela una gran sensibilidad no ajena al dolor de los represaliados. Aunque representado en ejemplos particulares, este sufrimiento adquiere un carácter simbólico y colectivo, como reflejo del padecimiento de todo un pueblo. En este contexto, la pobreza actúa como catalizador de una memoria traumática y contribuye a agravar sus heridas.

No se trata de casos aislados. Aunque de forma más discreta, la experiencia de la Guerra Civil está presente en el día a día de muchos personajes de la novela. Albará rememora esos días a través de la figura de la madre, erigida como referente moral y ejemplo de entrega y sacrificio, tanto hacia su familia como hacia su entorno cercano⁴¹. María Molinari convive con el dolor de la muerte de su mejor amiga, Margarita, en un bombardeo nocturno, una ausencia especialmente sentida en sus momentos de mayor desconsuelo⁴². Es también la letanía de Félix Daura, excombatiente, cuya experiencia en el frente ha dejado estragos en su personalidad, marcada por pulsiones extremas y vicios incontrolables, en una deriva moral autodestructiva⁴³. Juana, la vieja sirvienta de los Albará, es madre única de un hijo asesinado durante la contienda, una perdida que transformó por completo su carácter, sumiéndola en una atonía total⁴⁴, lo que no impide que sea tratada con condescendencia, cuando no con desdén.

Retomando la discusión sobre el contexto de la misiva remitida el 10 de febrero de 1954 por Sebastià Juan Arbó a Luis Matínez de Galinsoga,

40 *Ibidem*, pp. 217-218.

41 *Ibidem*, p. 325.

42 *Ibidem*, p. 64.

43 *Ibidem*, p. 13.

44 *Ibidem*, p. 34.

parece evidente que el hecho de que el 19 de enero el escritor hubiese remitido al director de *La Vanguardia Española* a la lectura de un libro de próxima aparición para excusar su negativa no podía interpretarse sino como un subterfugio para no poner negro sobre blanco su discrepancia con respecto de la conmemoración de la efeméride. La única carta localizada de Galinsoga sobre este particular, también de 19 de enero de 1954⁴⁵, fue una reacción inmediata a la anterior. En ella salía a relucir toda su intransigencia frente a cualquier atisbo de disidencia en el seno del medio, lo que, a su modo de ver, hacía incompatible su relación profesional.

Como resultado de esta admonición, Sebastià Juan Arbó le habría dirigido todavía un par de cartas adicionales, repletas de oblicuidades, con que venía a diferir el compromiso. La primera, de la que se tiene constancia a través de un borrador sin fechar⁴⁶, disculpaba la demora por las tareas de corrección de pruebas de un libro —con toda seguridad, *María Molinari*— y justificaba el tono de la anterior en el intento de salvar la relación personal entre ambos. Se comprometía, además, a no aplazar la respuesta prometida más allá de un día. La segunda, de 27 de enero, describía una coyuntura personal desfavorable —a su despido se sumaba su derrota en el Premio de Novela Ciudad de Barcelona, al que se había presentado con la novela mencionada, junto a otras circunstancias personales— para rogarle un poco más de tiempo, a la vez que denunciaba un clima enrarecido por parte de algunos elementos del que era ya su antiguo periódico:

Le prometí escribirle anteayer mi carta de respuesta a la suya del 19 corriente. Le ruego me perdone que no lo haya hecho, como esperaba. Aquel día me fue imposible; después no he tenido la cabeza para nada. Estoy, y no dudo lo comprenderá, pesando horas tristes: todo en estos días ha parecido conjurarse contra mí. Primero, vino el incidente con usted; luego, me ha parecido notar, tal vez infundadamente, en uno o en otro detalle, en *La Vanguardia* cierta animosidad contra mí. Le juro que no se trata ya de colaborar, o no, en ella; pero me disgusta mucho el pensamiento de que pueda sentirse

45 Arxiu Municipal de la Ràpita, Fons Sebastià Juan Arbó.

46 Arxiu Municipal de la Ràpita, Fons Sebastià Juan Arbó. Por lo que se deduce de la comunicación posterior, podría ser de 24/01/1954.

hacia mí hostilidad en este periódico en el que con tanta ilusión colaboré, en este periódico tan estimado por mí, que, difícilmente, si lo pierdo, colaboraré en otro, aunque me lo pidan. No hablo de las personas, por las que, aparte de usted y de don Carlos, a quien tengo también que agradecer mi entrada en él, habría sentido, y siento, afecto en esa casa. Sobre esto, vino por fin mi fracaso en el premio, que me parecía, y creía, tener seguro, y cuya decepción no quiero ponderarla. Verdaderamente, se diría que el cielo me lo ha juntado todo; los golpes me han llovido desde todas partes, pues hay aún otros de los que no hace falta hablar⁴⁷.

Contra lo que se sugiere en *Los hombres de la ciudad*, queda probado que la carta de 10 de febrero es, cuando menos, el resultado de semanas de meditación y vacilaciones, y no una réplica contundente en la que el escritor se hubiera expresado de buenas a primeras y a tumba abierta.

5. EL PROBLEMA TEXTUAL DE LA RUPTURA CON LUIS MARTÍNEZ DE GALINSOGA

Existen indicios documentales que invitan a extremar la cautela con respecto del texto de este documento tal como se reprodujo en el “Apéndice”. A diferencia de las epístolas anteriores, y contra lo que solía ser habitual en las comunicaciones más comprometidas que Sebastià Juan Arbó dirigió a sus correspondientes, no se conserva ningún borrador íntegro de la carta original. Lo más que se ha documentado son dos hojas correspondientes a probaturas textuales y un borrador de la parte final del documento, numerado y tachado, pero redactado en un formato —hojas de proporción aproximada 2:1, escritas en orientación vertical— más habitual en su taller de escritura en la creación literaria que en la redacción epistolar. Además, a diferencia de los borradores de las dos cartas fechadas el 19 y el 27 de enero de 1954, las hojas de estos testimonios no están membreteadas con el nombre y la dirección impresa del escritor.

Otro hecho salta a la vista y merece tenerse en cuenta. Los tres borradores de las cartas del 19 de enero de 1954, la intermedia sin fechar

47 Arxiu Municipal de la Ràpita, Fons Sebastià Juan Arbó, 27/01/1954.

y la del 27 del mismo mes, fueron marcados explícitamente a mano por el escritor con las siguientes indicaciones, situadas en la esquina superior izquierda de la primera hoja, respectivamente: “Copia | Memorias”, “Copia” y “Copia”. La tinta empleada tanto en estas marcas como en el texto de las cartas presenta idénticas características —lo cual no constituye una prueba concluyente, pues empleó el mismo instrumento, el bolígrafo azul de base acuosa, al menos desde los años de 1940 hasta 1984—, y el domicilio que figura en el membrete coincide con el del escritor en esos años —calle Vergós número 10 de Barcelona, de la que se mudó en 1960 a la calle Enrique Granados número 89 de la misma ciudad—.

Conjugando estas evidencias, cabe contemplar de entrada un par de hipótesis: la primera, y más plausible, es que se trate de borradores originales que Sebastià Juan Arbó revisó posteriormente durante el proceso de creación de sus memorias y marcó para tenerlos en cuenta; la segunda es que, ya en una fecha temprana, considerase estos documentos como posible material con el que nutrir su proyecto futuro. En cualquier caso, lo que no parecen descartar es la posibilidad de que exista cierta dosis de artificio en la carta transcrita en *Los hombres de la ciudad*. Esta sospecha —que, de otro modo, no pasaría de ser una mera conjeta— se basa en las evidencias materiales presentes en los testimonios de génesis de las memorias que contienen el texto de la carta. El más relevante para el caso es *cC1*⁴⁸, una copia de carbón a doble cara de un mecanoscrito de la car-

48 La recensión de los testimonios que se abordan en lo sucesivo es la siguiente:

H Memorias. Los hombres de la ciudad, Planeta, 1982

M6 Mecanoscrito formado por los registros [41], [42], [2175] y [2394]

mM6 Texto mecanoscrito de *M6* obra de un mecanógrafo

sM6 Revisiones de autor sobre *mM6*

e1M6 Revisiones de la primera mano ajena al autor en *M6* sobre *sM6*

e2M6 Revisiones de la segunda mano ajena al autor en *M6* sobre *e1M6*

cC1 Copia de carbón de un mecanoscrito con el texto de una carta dirigida a Luis de Galinsoga en el registro [97 – ff.68r-71v]

Las referencias a registros archivísticos entre corchetes remiten a la numeración del inventario del Fondo Sebastià Juan Arbó en el Arxiu Comarcal del Montsià. Examino los avatares genéticos de *Los hombres de la ciudad* en “*La génesis de Los hombres de la ciudad de Sebastià Juan Arbó: texto de textos, memoria de memorias*”, Boletín de la Real Academia Española, tomo CV, cuaderno CCCXXXII, pp. 71-116.

ta. A su vez, el mecanoscrito original es copia de otro testimonio, como indica la presencia de un espacio en blanco en [97 – f.69r]⁴⁹, que suele ser indicio de desistimiento por parte del mecanógrafo. El aspecto que contribuye en mayor medida a poner en cuestión la naturaleza del texto que reproduce *H* es que *cC1* contiene una modificación del puño del autor que se puede calificar sin lugar a duda como una variante de autor. Así pues, mientras que *cC1* leía:

Tampoco pretendo imponer a nadie mi manera de pensar y de sentir —que puede, lo admito, ser equivocada—, y en esto, como en todo, puedo soportar perfectamente que uno disienta de mí en las ideas; con tal que en el terreno personal se comporte como un hombre honrado y sincero, me basta; yo solo pido sinceridad y que respeten mis ideas como yo respeto las de los demás. [97 – f.69v]

en *scC1* el autor dispuso las siguientes sustituciones y adiciones:

Tampoco pretendo imponer a nadie mi manera de pensar y de sentir —que puede, lo admito, ser equivocada—. En este punto he colocado siempre los afectos sobre las ideas, y puedo soportar perfectamente que uno piense diferente de mí sea en la materia que sea y tampoco he tratado de imponer a nadie mis creencias; solo pido sinceridad, y que así como yo respeto las de los otros respeten ellos las mías. [97 – f.69v]⁵⁰

La evolución del fragmento no se detiene ahí. En un testimonio intermedio, hoy perdido, debió de producirse la alternación de “uno piense diferente” por “una persona disienta”, tal como lo refleja [M6, 2394 – f.818]⁵¹. Si bien el fondo permanece inalterado, esta operación textual

49 Arxiu Comarcal del Montsià, Fons Sebastià Juan Arbó.

50 La supresión del fragmento sustituido en [97 – f.69v] no se hace explícita con una tachadura, excepto en el fragmento “y en esto, como en todo,”, con una marca de inserción angular, y en “disienta de mí en las ideas”, para sustituir, en cambio, toda la parte de texto que viene a continuación. El aspecto visual que ofrece la modificación es más propio de una variante alternativa. No obstante, me decanto por la interpretación de esta última trasmutación en la línea de los testimonios posteriores, que es la que preserva su sentido como reformulación de la misma idea.

51 Arxiu Comarcal del Montsià, Fons Sebastià Juna Arbó.

revela, cuando menos, una intervención que pone en entredicho la fidelidad de la transcripción. De hecho, en *M6* no solamente se observan ajustes ortográficos o el desarrollo de abreviaciones por parte de la mano ajena *e2M6* con el fin de uniformizar estilísticamente el texto en consonancia con el resto de la obra, sino que una lección situada al final de la misiva, “el don de la suavidad” [*M6*, 2394 – f.820], fue modificada por *sM6*—es decir, el autor— por “el don de la diplomacia o la suavidad”, y *e1M6* la transformó en “el don de la diplomacia o la servidumbre”. Por tanto, existió una adulteración del documento original por parte del propio autor.

Cabe destacar, además, que *e1M6*—la primera mano ajena que revisó el texto— incurrió en un error al interpretar “servidumbre” en lugar de “suavidad”, una confusión explicable por la función que desempeñó esta mano en otros lugares del testimonio: casi invariablemente, la de hacer inteligibles las enmiendas introducidas en *sM6*, debido a su difícil caligrafía. Esta lección errónea pasó al texto impreso, alterando ligeramente el sentido de la conclusión de la obra, pero mediante una lección compatible con el sentido global del texto. Todo ello contrasta con otra carta del “Apéndice”, firmada por Josep Tarradellas, que se mantuvo prácticamente intacta, al margen de ciertos retoques de puntuación⁵².

A la vista de estos datos, sobre la misiva de 10 de febrero de 1954 pueden aventurarse distintas hipótesis. En un extremo, cabría la posibilidad de que no fuera más que el falseamiento de una comunicación que nunca se produjo, o que no existió al menos en los términos que el impreso de las memorias declaró —por ejemplo, que el tono del original fuera más moderado—. En este caso, lo que acreditarían las dos hojas en estado de borrador conservadas, correspondientes a la parte final, serían las probaturas para la construcción de un relato por parte del autor con que proyectar una determinada imagen de sí mismo en sus memorias, tomando como guía o inspiración la correspondencia auténtica que sí conservaba. En el extremo opuesto, no se puede descartar que este conjunto de modificaciones responda simplemente a retoques estilísticos. Lo que parece más difícil de sostener es que en realidad las diferentes intervenciones del autor fueran,

52 Sebastià Juan Arbó, *Memorias. Los hombres de la ciudad*, p. 326. Téngase en cuenta otra variable relevante: a diferencia de Luis Martínez de Galinsoga, fallecido en 1967, Josep Tarradellas sí podía verificar el contenido del “Apéndice” de las memorias en lo referente a su propia carta.

en realidad, fruto de un proceso de revisión meticuloso en virtud del cual cotejara sistemáticamente las sucesivas copias con un supuesto original.

En cualquier caso, el elemento principal que apuntala estas sospechas es el contenido mismo de la carta y sus implicaciones. No hay que perder de vista que, si la versión de *H* hubiese sido más o menos fidedigna, podría haber llegado a constituir incluso una prueba de cargo contra Sebastià Juan Arbó, considerando que iba dirigida a alguien que no dio precisamente pocas pruebas en público de fanatismo ideológico, y que se hallaba perfectamente integrado en la maquinaria del régimen —llegó a ser procurador en Cortes por designación del gobierno en cinco legislaturas distintas—. Confróntese la audacia —o temeridad— de estas palabras con las reservas que demostró en unas declaraciones públicas siete años más tarde en una revista universitaria chilena al ser preguntado por las razones de la prohibición en España de *La hora negra* (Sudamericana, 1955):

Pero, ¿por qué la prohibición?

—Bueno... (comienzan las pausas). Por ciertas cosas que no cayeron bien...

¿Cosas que no cayeron bien al señor Franco?

—Así es.

¿Qué le parece el gobierno del señor Franco?

—Pues... (siguen las pausas). Prefiero no hablar de ello. No creo que interese en una entrevista literaria⁵³.

Durante un tiempo, Francesc Montero Aulet⁵⁴ atribuyó la carta de 10 de febrero de 1954 a Manuel Brunet. En la tesis doctoral que dedicó al periodista⁵⁵, constató el error, motivado por el envío epistolar, el 8 de mayo de 1984, de un mecanoscrito anexo de cinco hojas remitido por Ramon Guardiola i Rovira a María Teresa Brunet Mayor, con fecha idéntica, pero firmado por Manuel Brunet. El texto del documento es prácticamente idéntico al de *cC1* —es decir, sin las intervenciones posteriores del autor

53 Constantino Jaime Bourgade, “Conversación con el novelista. Sebastián Juan Aró”, *Anales de la Universidad de Chile*, 119 (volumen 123) (1961), p. 203.

54 Francesc Montero Aulet, “Manuel Brunet. Itinerari d'un periodista catalanista, catòlic i conservador”, *Serra d'Or*, 570 (2007), pp. 15-19 y Francesc Montero Aulet, “Manuel Brunet, un periodista polièdric”, *Revista de Girona*, 253 (2009), pp. 54-58.

55 Francesc Montero Aulet, *Manuel Brunet i Solà (1889-1956). El periodisme d'idees al servei de la “veritat personal”*, Girona, Universitat de Girona, 2011 [tesis doctoral], pp. 607-608.

en la génesis de sus memorias—, aunque presenta alguna errata dactilográfica menor con respecto del anterior. Esta evidencia impide, por lo tanto, hipotetizar que una tercera persona hubiera copiado la carta a partir del texto de *Los hombres de la ciudad* y la hubiese atribuido apócrifamente a Manuel Brunet con alguna clase de interés. Podría pensarse en alguna especie de vínculo entre Brunet y Juan Arbó que hubiese propiciado que este último le enviara una copia del documento, pero carecería de sentido que el periodista se lo apropiara con fines propios, teniendo en cuenta que la vinculación de Brunet con *La Vanguardia Española* fue fugaz y finalizó el 22 de diciembre de 1946⁵⁶. Otras hipótesis basadas en esta amistad deberían ser capaces de explicar el hecho de que la carta atribuida a Brunet presente una firma mecanoscrita: el único hecho que permitiría establecer inequívocamente un lazo entre ambos escritores, y de rebote, validar plenamente el testimonio de Sebastià Juan Arbó, sería que la copia enviada a María Teresa Brunet llevara la firma autógrafa de Manuel Brunet.

Por el momento, la hipótesis de que Sebastià Juan Arbó remitió la carta a Manuel Brunet, y de que la versión conocida a través de *Los hombres de la ciudad* es fiel salvo por algunos retoques de autor, no tiene más validez que la de una posible circulación privada de la misiva durante el proceso de revisión de las memorias del rapitense —por ejemplo, porque la mecanógrafa o alguien implicado en el proceso editorial hubiese enviado por alguna razón el documento a un tercero—. La primera hipótesis se ve además dificultada por la completa ausencia de correspondencia entre Manuel Brunet y Sebastià Juan Arbó. Solo se conservan dos dedicatorias manuscritas del novelista al periodista, en las que le expresaba su amistad y consideración⁵⁷, opinión que reafirmó en sus memorias: “Era Brunet un bonísimo escritor, al que no se ha hecho justicia, según el uso del país: no era de izquierdas, ni surrealista, ni revolucionario”⁵⁸. Solo la eventual conservación de un fondo documental de Luis Martínez de Galinsoga podría, en última instancia, despejar todas las dudas al respecto. Sea como fuere, Montero Aulet consideró que la carta era propia de un “home amb honor i amor propi”⁵⁹.

56 *Ibidem*, p. 606.

57 Fons Manuel Brunet, Universitat de Girona, 04/1949 y 12/1951.

58 Sebastià Juan Arbó, *Memorias. Los hombres de la ciudad*, p. 246.

59 Francesc Montero Aulet, *Manuel Brunet i Solà (1889-1956). El periodisme d'idees al servei de la “veritat personal”*, p. 607.

6. UNA REANUDACIÓN CON PERSPECTIVAS

Sebastià Juan Arbó fue suspendido como colaborador de *La Vanguardia Española* durante casi cinco meses a contar desde su última tribuna, firmada el 14 de enero de 1954⁶⁰, y la crónica con que certificó su reincorporación, de 10 de junio⁶¹. La sanción no duró un año, como llegaría a afirmar en sus memorias⁶², pero significó su primer gran desencuentro en materia de colaboraciones periodísticas, justo al inicio de su vinculación profesional con el periódico barcelonés.

Las circunstancias de la reanudación de este vínculo profesional apenas se esclarecen en el texto de *Los hombres de la ciudad*. El autor lo atribuyó a la simpatía que guardaba Galinsoga por él, a pesar de todo. Fue con ocasión de las Jornadas Literarias por la Mancha, para las cuales el periódico solicitó sus servicios como cronista⁶³. A partir de este punto, su colaboración en *La Vanguardia Española* se habría desarrollado sin dictados temáticos.

Sin embargo, en el acervo del escritor se conservan diversos artículos inéditos que podemos datar de esta misma etapa, y que con toda seguridad fueron preparados para el periódico barcelonés. La documentación epistolar no permite precisar las razones por las cuales no llegaron a publicarse, por lo que no cabe descartar que la dirección planteara al respecto alguna reserva, una circunstancia que fue habitual especialmente tras la destitución de Galinsoga. El primero de ellos es “Verdugos y víctimas”, escrito con ocasión del fallecimiento reciente de Ióssif Stalin el 5 de marzo 1953, en que reflexionó en torno a las críticas que habían surgido contra los dirigentes rusos por no haberse revelado contra el dictador. Defendió que tales juicios obviaban el clima de terror, delación y coacciones brutales que imperaba en el régimen, donde cualquier intento de oposición podía significar la persecución, la tortura o la muerte de la familia de uno, por lo que era injusto exigir heroísmo en condiciones inhumanas, y especialmente, desde la comodidad de la distancia. Por su parte, “Notas de la Cerdanya. Pan y yo” no es difícil suponer que formara

60 Sebastià Juan Arbó, “Los premios literarios”, *La Vanguardia Española* (03/01/1954), p. 3.

61 Sebastià Juan Arbó, “Escritores en la Mancha. Las jornadas literarias”, *La Vanguardia Española* (10/06/1954), p. 8.

62 Sebastià Juan Arbó, *Memorias. Los hombres de la ciudad*, p. 209.

63 Sebastià Juan Arbó, “Escritores en la Mancha. Las jornadas literarias”, p. 8.

parte de la serie de artículos que Juan Arbó dedicó en 1953 a su veraneo en la Cerdaña⁶⁴. En este, concretamente, evocó los paseos matinales con Pan, un perro del lugar a través del cual reflexionó sobre el misterio de la conciencia animal. Dentro de este grupo de artículos se inscribe también “Respuesta a unas objeciones”, una réplica a los comentarios de algunos lectores por carta a raíz de un artículo anterior en que Sebastià Juan Arbó había señalado la precariedad del panorama literario en España, huérfano de grandes genios, frente a otros períodos históricos. Las referencias internas podrían situarlo como parte de la serie iniciada con “Fallos de la nueva literatura” y continuada en “Los valores eternos”⁶⁵. Otro inédito, “El poder de la gloria”, entra en la polémica en torno al sacrificio de la perra Laika como primer ser vivo en orbitar el planeta a bordo del Sputnik 2, un ejemplo, según el autor, de la capacidad del afán de trascendencia y reconocimiento humanos como motor de las más grandes gestas. Respondía a una pieza anterior “en estas páginas” de Julia Maura sobre el tema, es decir, el artículo que esta dramaturga le dedicó el 27 de noviembre de 1957⁶⁶. Por su interés documental, estas cuatro piezas inéditas se pueden leer en el anexo a este estudio, regularizadas ortográficamente.

El novelista jugó sus cartas lo mejor que supo. La escasa correspondencia conservada de estos años se limita a muestras de agradecimiento por distintos mensajes de felicitación de Sebastià Juan Arbó por nombramientos

64 Sebastià Juan Arbó, “La lluvia en la Cerdaña”, *La Vanguardia Española* (05/08/1953), p. 5; Sebastià Juan Arbó, “Motivos de la Cerdaña. Crepúsculo en el valle”, *La Vanguardia Española* (06/08/1953), p. 5; Sebastià Juan Arbó, “Motivos de la Cerdaña. Canciones infantiles”, *La Vanguardia Española* (21/08/1953), p. 5, y Sebastià Juan Arbó, “Motivos de la Cerdaña. Los chopos”, *La Vanguardia Española* (23/08/1953), p. 5.

65 Sebastià Juan Arbó, “Fallos de la nueva literatura”, *La Vanguardia Española* (15/04/1955), p. 5, y Sebastià Juan Arbó, “Los valores eternos”, *La Vanguardia Española* (27/04/1955), p. 13.

66 Por último, se conserva un manuscrito de un artículo inédito, con pérdida parcial de texto en la primera hoja del testimonio, titulado “El señor Kruschev ha hablado”, en que Sebastià Juan Arbó examinó unas declaraciones recientes de Nikita Kruschev para criticar la negación de las libertades fundamentales que suponía el modelo soviético. Proponía que la fraternidad y la justicia debían construirse desde el amor, retomando los valores ya presentes en el ideal cristiano. Las referencias internas del texto podrían contribuir a datarlo de principios de los años de 1960. Por su estado de incompleción, así como por la dificultad de determinar si se trata de un texto de la etapa de Galinsoga al frente de *La Vanguardia Española*, se ha optado por no adjuntarlo a los anejos de este estudio.

y condecoraciones por parte del régimen a Galinsoga⁶⁷. Conocedor de las sensibilidades del director y de la corte de aduladores que lo rodeaba, cuidó el trato personal a través del halago. No en vano, la única dedicatoria conservada en el Arxiu Comarcal del Montsià con la firma de Galinsoga se aparta de la tónica habitual de esta clase de documentos, pues no responde a un envío voluntario por parte del autor del libro, sino a la petición del propio Sebastià Juan Arbó, como acredita otra carta de 24 de noviembre de 1956 (AMR). Se trata de *Centinela de Occidente* (AHR, 1956), la biografía de Francisco Franco firmada por Luis Martínez de Galinsoga en colaboración con el teniente general Francisco Salgado, dedicada “Al ilustre escritor Juan Sebastián Arbó que aporta a *La Vanguardia* la profundidad de sus ideas literarias y la galanura de su estilo castellano. Con un abrazo de cordial amistad y de sincera admiración”⁶⁸.

La cordialidad imperó en esta relación profesional hasta que el conocido como caso Galinsoga precipitó la destitución del director por parte del Consejo de Ministros el 5 de febrero de 1960, siendo sustituido por Manuel Aznar Zubigaray. A pesar de todo el ruido que envolvió al asunto, Sebastià Juan Arbó no se ensañó con el exdirector por esta cuestión, pues lo reconocía como una persona “excelente”⁶⁹. Constató su incapacidad para comprender Cataluña por su fanatismo y su cerrazón y la inconveniencia de que un perfil como el suyo se situara al frente del diario, unas impresiones que habría intercambiado confidencialmente con el conde de Godó pero que no habrían sido escuchadas por el propietario, más interesado en cuidar las conexiones políticas del medio con el régimen.

Sebastià Juan Arbó, por su parte, seguiría en las páginas de *La Vanguardia Española* —*La Vanguardia* a secas, a partir del 16 de agosto de 1978— durante casi dos décadas más, firmando su última colaboración el 11 de noviembre de 1981. No serían las discrepancias ideológicas, sino una progresiva entrada en declive de la consideración por parte de Horacio Sáenz Guerrero, a la sazón director del periódico barcelonés, la que determinaría la separación definitiva tras un cúmulo de vicisitudes que serán materia de futuras aproximaciones a la cuestión.

67 Arxiu Municipal de la Ràpita, Fons Sebastià Juan Arbó, 02/10/1954, 13/05/1955 y 29/07/1958.

68 Arxiu Comarcal del Montsià, Fons Sebastià Juan Arbó, 21/11/1956.

69 Sebastià Juan Arbó, *Memorias. Los hombres de la ciudad*, p. 209.

7. ANEJOS: ARTÍCULOS INÉDITOS CITADOS DE SEBASTIÀ JUAN ARBÓ⁷⁰

VERDUGOS Y VÍCTIMAS⁷¹

Se censuran muchas veces entre nosotros las flaquezas de uno, las debilidades mostradas en ciertas circunstancias y que, vistas desde fuera, son

-
- 70 Los artículos se han editado tomando como texto base el último testimonio conservado de la cadena genética, probablemente el más autorizado, sin confundirlo con la última voluntad del autor, un principio cuando menos cuestionable tratándose de inéditos. Se han regularizado y modernizado ortotipográficamente y ortográficamente. La puntuación se ha modificado cuando ha sido imprescindible. Se han restituido comillas de cierre y guiones —que se han unificado privilegiándolos sobre los paréntesis—, así como signos de admiración e interrogación que faltaban o se consideraban convenientes. El cotejo de los diferentes testimonios de un mismo artículo ha permitido puntualmente depurarlo de erratas y errores como duplografías, haplografías y otras lecciones defectuosas como omisiones ajenas a la voluntad del autor, producto del proceso de copia. La primera nota a pie de página de cada artículo indica el testimonio que se ha tomado como texto base, con una sucinta descripción de sus características codicológicas y su origen archivístico. Concreta también la existencia de otros testimonios, sobre los que se realizan análogas especificaciones. El resto de las notas corresponden al aparato de variantes, en el que no se consignan variantes ortográficas ni ortotipográficas. Los signos empleados en este responden a los siguientes usos:

- separa el *lemma* de la *varia lectio*
- marca un salto de párrafo en una lección
- // delimita una porción de una lección sobre la cual el editor efectúa un comentario, en cursiva
- dentro del *lemma*, sustituye parte de una porción extensa de texto, remitiendo al texto crítico
- dentro de la *varia lectio*, indica equivalencia del texto de parte de la variante con el que se consigna en el texto crítico
- # los testimonios afectados por este signo no contienen, por pérdida material de texto, ninguna variante o parte de esta correspondiente al lugar crítico señalado
- ob. indica una variante inmediata que el autor tachó
- Ø indica que en un estadio o testimonio falta la variante posicionalmente equivalente a la del texto crítico
- edd. indica que todos los testimonios cotejados leen lo mismo en la *varia lectio*
- v.a. variante alternativa
- †...† indica que una porción de texto no se ha podido transcribir a causa de su ininteligibilidad

- 71 Se edita el mecanoscrito con variantes de autor manuscritas del registro 1502 del Fons Sebastià Juan Arbó del Arxiu Comarcal del Montsià a partir de la revisión del autor, que se sigla como *S*. El mecanoscrito se sigla como *Mc*. La primera revisión por parte del mecanógrafo se sigla como *Mc1*.

comúnmente llamadas cobardías. En tales casos nunca suelen tenerse en cuenta las circunstancias en que se producen.

Pensaba yo en esto ante las censuras que han llovido, y están lloviendo, estos días sobre la actitud de los dirigentes rusos ante el desaparecido dictador; todavía ayer uno de nuestros comentaristas de política internacional se preguntaba cómo no habían estos dirigentes atajado el mal cuando se dieron cuenta de él; es lo que han preguntado los dirigentes comunistas y otros de diversos países, es decir, los que miraban los toros desde la barrera.

Los que tal preguntan no han querido saber cómo se producían los hechos; no se han tomado la pena de leer el libro de Trotsky sobre Stalin, o si no tanto, el de Essad Bey; algunos de los libros de interés que se han publicado sobre la Rusia actual, y sobre todo, esta tremenda acusación⁷², este capítulo sombrío de historia, que es el libro de Orlov, publicado recientemente, y donde el Gobierno de Stalin es puesto a la luz en⁷³ todo su horror.

De haberlo hecho, comprenderían perfectamente por qué no se levantan contra el tirano y verían que la pregunta es obvia.

Es curioso comprobar de paso la ignorancia en que se estaba a este respecto. Todo lo que dijo Kruschev en su famoso discurso estaba en los libros citados, y de manera que apenas dejaba lugar a dudas. En Trotsky está citado el consejo de Lenin a propósito de Stalin en su testamento; en Orlov se demuestra casi claramente que el déspota mató a su mujer, con otros hechos mucho más graves⁷⁴. Kruschev no ha dicho nada nuevo.

No obstante, ha tenido que decirlo él para que la gente empezase a mesarse los cabellos, para que la opinión universal se haya sentido estremecida, y con ella, los correspondentes y comentaristas, y aun los dedicados a cuestiones rusas. Es una prueba de la ignorancia, de la mala fe y de la mentira en que se mueve hoy la política del mundo; de la falta en él de una conciencia moral, causa todo ello de mucha parte de los males que se abaten sobre nosotros.

Pero volvamos a lo que decíamos: a las censuras que se han dirigido desde todas partes a los dirigentes rusos. Hay que leer los libros citados

72 acusación] sensación *Mc Mc1*

73 en] con *Mc Mc1*

74 más graves] peores *Mc Mc1*

antes, y sobre todo, el último de ellos, si no para justificar, porque no hay justificación posible, para explicarse cuando menos la actitud de los dirigentes de la Rusia actual; tal vez entonces nos explicaríamos incluso la alegría exaltada que han venido manifestando en sus viajes; hallaríamos en ello, tal vez, la justificación de esta euforia cuya sinceridad se ha puesto en duda; porque solo así podría saberse lo que representó para ellos librarse de aquel hombre que les tuvo durante años aterrorizados.

Cuenta Trotsky que, en su juventud, desterrado en Siberia, la ocupación principal de Stalin era cazar animales con trampas para después torturarlos; en el libro de Orlov vemos la segunda parte de esta historia. Solo que aquí el panorama ha cambiado: Stalin está instalado en su trono en Moscú, impone su ley en toda Rusia, y las víctimas son ahora hombres. Ambos actos nacían del mismo sentimiento, del mismo terrible instinto de mal.

La impresión que da es que ejercitaba en ellos una suerte de satánica diversión; los torturaba hasta la exasperación, hasta la locura —algunos enloquecieron— cazándolos con trampas, como hacía con las ratas, con los conejos, en los días oscuros de Siberia, y sin que se libraran de ello ni sus amigos más íntimos.

El sistema era inhumano, era feroz; se aplicó con todo rigor en una práctica de coacciones, de bárbaras torturas, cuyo diabólico refinamiento no tiene parangón en la historia.

No creo, en efecto, que haya habido ejemplo en ninguna época de un déspota igual; a mi juicio, no lo ha habido ni⁷⁵ en los días más sombríos del Imperio romano, del cual se copiaron en parte los procedimientos; no lo ha habido, primero por la inclinación al mal, por la ferocidad y la ambición de mando del déspota; en segundo lugar, por los resortes que la ciencia moderna, el servilismo y la maldad de algunos secuaces pusieron en su mano y los que le inspiró la propia maldad.

El clima de terror que reinaba en torno a él era inimaginable; uno no sabía si su hijo, su propio hermano, eran sus enemigos; si el peligro se ocultaba para él en su propio hogar; si el amigo más íntimo no le traicionaría, impulsado también él por el terror. Nadie podía fiarse de nadie. Cada cual se sabía espiado hasta en sus menores movimientos, y ¿quién era el que en estas condiciones le ponía el cascabel al gato?

75 ni] Ø edd.

En estas condiciones un acto de rebeldía no puede concebirse, como no se tratará de un loco. Las posibilidades de éxito eran prácticamente nulas; en cambio, uno tenía la certeza de acabar los días entre las torturas más horribles y seguido en su hundimiento por los suyos. Uno de los aspectos más aterradores de esta tiranía era este: que cuando uno caía en desgracia sabía que el castigo alcanzaba también a su familia; que a todos les amenazaba el destierro, la miseria o la muerte, que no siempre era lo peor, y esto a los más tiernos de sus hijos, a los más inocentes. El éxito del sistema se apoyaba sobre todo en esta medida, cumplida siempre sin piedad. Orlov cuenta a este respecto casos verdaderamente estremecedores.

Pedir ante esto heroicidades, como se piden, es pedir imposibles; las heroicidades necesitan también su clima y su circunstancia para prosperar; tanta brutalidad anonada a los hombres, aparte de que hace inútil todo gesto. Orlov nos cuenta centenares de casos; los hombres más valerosos, los más enteros y de mejor temple, sucumbieron. Solo de uno nos dice que resistió hasta el fin y murió echando en cara su maldad al dictador; este hombre no tenía familia; no dejaba nadie detrás por cuya suerte preocuparse. Los demás todos sucumbieron.

Los que censuran la actitud de los dirigentes tendrían antes que pensar en esto. El heroísmo que exigen está más allá de las fuerzas del hombre, y se comprende.

Estas censuras desde fuera me hacen pensar en Séneca, que también predicaba fortaleza cuando no estaba él en el cepo. No he traído este nombre aquí por una casualidad; lo he traído como un ejemplo de lo que puede en el hombre este sistema de coacción.

Séneca, pese a su sólida formación filosófica, a su estoicismo, pese al rigor de principios de que blasonaba, se dejaba también vencer por el miedo en su destierro de Cerdeña y adulaba al mismo al que una vez muerto había de denigrar.

Séneca nos dio un ejemplo exacto de lo que vemos en los rusos. Tenemos de ello pruebas irrefutables; las tenemos, de una parte, en su *Consolación a Polibio*, donde adulaba a un esclavo elevado a la privanza del emperador, para atraerse la benignidad de este; los tenemos, de otra parte, en su *Apocolocyntosis del divino Claudio*, donde cubría de insultos al emperador cuando este había fallecido.

Acaso la situación, la dureza del destierro, podría excusar hasta cierto punto el primero de estos documentos; el último nos lo habría podido ahorrar, ahorrándose a la vez la vergüenza de haberlo escrito. No lo necesitaba, como no fuese para vengar en sí mismo la indignidad de su conducta, que es probablemente lo que sucedía, y cuando menos en parte, lo que ocurre con los rusos. El caso aquí es, sin embargo, distinto, y aparte de lo dicho⁷⁶ puede haber aquí, y las hay, razones de política cuyo alcance es difícil adivinar.

Todo esto viene a demostrar lo que hemos afirmado antes: que es tan difícil adoptar dentro actitudes heroicas, como fácil criticarlas desde fuera. Fácil es, desde fuera, dar consejos, dictar normas de conducta, censurar. También Séneca lo había hecho. Se demostró, cuando llegó el momento, que una cosa era hacerlo sobre sucesos posibles, desde Roma, rodeado de comodidades, y otra cosa practicarlo en Cerdeña, entre las miserias, la soledad y el dolor de un durísimo destierro. Si se tiene en cuenta el temple moral de Séneca, y que el tirano no podía en ferocidad compararse con el ruso, ya que Séneca pudo verse desterrado, se comprenderá tal vez la actitud observada esta vez ante el tirano. Ocurre que, en estos dominios⁷⁷, y tratándose de males ajenos, la imaginación de los hombres suele fallar lamentablemente⁷⁸.

76 y aparte de lo dicho] Ø *edd.*

77 dominios] domino *Mc Mc1*

78 lamentablemente.] ~ | En el caso presente y atendiéndonos al espacio político, tal vez a Séneca puede censurársele por no habernos ahorrado sus insultos al emperador, una vez muerto, cuando no sabido ahorrarnos sus adulaciones cuando vivía; yo creo que esta vez, con los rusos —y el tiempo va demostrando la razón— tenemos que agradecerles sus declaraciones, sea la que sea la intención que los haya podido inspirar. *Mc Mc1*

NOTAS DE LA CERDAÑA. PAN Y YO⁷⁹

Por las mañanas salgo con el perro. Son días de lluvia, y ya lo dije, los días amanecen aún serenos; apenas si, de madrugada, se ven algunas nubes por el lado del Cadí, que remontan lentamente el cielo con sus orgullosas, sus altas crestas⁸⁰ blancas; por la tarde —podemos estar seguros— el cielo estará cubierto y vendrá la lluvia.

Ir por el campo, en estas mañanas, después de las lluvias, es una delicia; todos los días doy un paseo matinal y todos los días me acompaña el perro, Pan, un antiguo huésped de Mas Aransó. Con el perro, Pan, tenemos una vieja amistad: es una amistad que va de año a año y dura solo unos pocos días; a veces, la distancia es de dos, de tres años, y sin embargo, se diría que Pan se acuerda de mí, a pesar del tiempo.

El perro Pan tiene un rostro largo, muy serio, de viejo filósofo, y tiene los ojos muy tristes, sobre todo cuando mira suplicante. Entonces es tan elocuente su mirada, que no le hace falta hablar. Fuera de esto, Pan es un perro muy señor, nada sentimental; parece afectuoso, pero, si lo es, oculta sus sentimientos, y no se restriega, ni se sube a las rodillas, ni salta alrededor de uno moviendo la cola como hacen por lo común⁸¹ los perros. No sé si me recuerda del año anterior, porque nuestra amistad, ya lo he dicho, va como mínimo⁸² de año en año⁸³; yo creo que sí. En todo caso en un día se restablece entre nosotros⁸⁴ el viejo afecto.

De madrugada Pan me espera ya frente a mi habitación; su cariño no es, sin embargo, desinteresado. Yo soy el único, en efecto, que lo saca aquí a pasear por el campo, que es lo que le gusta por encima de todo.

79 Se edita el manuscrito con variantes de autor manuscritas del registro 1697 del Fons Sebastià Juan Arbó del Arxiu Comarcal del Montsià a partir de la revisión del autor, que se sigla como *S*. El manuscrito se sigla como *Mc*. Se conserva también otro manuscrito con variantes de autor manuscritas del mismo artículo en el registro [1696]. En este caso, la revisión del autor se sigla como *S1*, y el manuscrito como *Mc1*.

80 crestas] cabezas *Mc Mc1*

81 por lo común] todos *Mc Mc1 S1*

82 como mínimo] \emptyset *Mc Mc1 S1*

83 año] y aún más *S1*

84 entre nosotros] \emptyset *Mc Mc1*

Mientras me visto le oigo ya arañar en la puerta; lo hace discretamente, como lo hace todo; al cabo de un instante, vuelve a llamar; luego, gime un poco, impaciente.

No obstante, cuando salgo, no salta sobre mí, ni se agita, ni mueve la cola: se pone simplemente a caminar un poco adelantado en dirección a la salida; lo hace sin mirarme, con su cara triste de filósofo, muy serio. En la puerta se para; me mira llegar, y cuando abro la puerta, pasa adelante.

Ya en el camino, se para de nuevo y me mira. Yo sé lo que quiere: que le tire una piedra, un pedazo de madera, lo que sea⁸⁵, y salir a buscarlo como quien corre tras una presa. Pan, aunque pequeño, es fuerte; es⁸⁶ de una resistencia prodigiosa tanto a la fatiga como a los obstáculos; es infatigable en la persecución. Pan nació, y se ve claro, para perseguir la presa. Esta inclinación frustrada le ha amargado la existencia; exactamente como a las personas; ahora se engaña persiguiendo a la piedra, a la pelota. En ello busca un derivativo de la caza, de la persecución de la presa, que era su misión, que era su oficio en el mundo; y hay que ver cómo corre, con qué entusiasmo se lanza Pan en pos de la falsa presa. Yo creo que en ese sentimiento de vocación frustrada está el secreto de su tristeza que flota⁸⁷ en su mirada⁸⁸. Pan no ha sido feliz en la vida; nunca ha podido satisfacer su instinto. Hay algunos conejos más en el mundo, pero él ha acabado medio enfermo.

Hoy es el último día de mi estancia en la Cerdanya. Pan no sabe que hoy es la última mañana que salimos, que es la despedida. El mundo a Pan debe de parecerle, en verdad, incomprensible.

Los campos por la mañana están muy bellos; el sol calienta con fuerza, pero puede irse por caminos bordeados de árboles, aminando siempre en la sombra; al lado del camino corre casi invariablemente⁸⁹ un arroyo, que va buscando el río, saltando por las piedras; y es muy grato⁹⁰ caminar a la sombra de los árboles, y sentir⁹¹ junto a uno el ruido del agua siguiéndole.

85 sea] ~, a falta de pelota, que es lo que prefiere *Mc Mc1*

86 fuerte; es] Ø *Mc Mc1 S1*

87 flota] hay *Mc Mc1*

88 mirada] ojos *Mc Mc1*

89 invariablemente] siempre *Mc Mc1*

90 muy grato] hermoso *Mc Mc1 S1*

91 sentir] Ø *Mc Mc1*

Las mañanas son claras; han sido días de lluvias⁹²; el cielo azul, este cielo azul de Cerdanya, se extiende sobre los verdes, sobre todo el valle y los montes; el sol se vierte a raudales sobre el campo; el aire es transparente y en las laderas podemos ver todos los pueblos; allá⁹³ a lo lejos⁹⁴, por el lado de Francia, en el declive del monte, destaca Font-Romeu, con sus casas blancas⁹⁵; aquí, en frente⁹⁶, clarísimo, se yergue Puigcerdà apelotonado sobre⁹⁷ la altura, y el campanario, alto, sobre la ciudad⁹⁸. Hay una gran paz en el valle; no se oye apenas un ruido⁹⁹; solo el rumor del agua aquí cerca, y el murmullo¹⁰⁰ de la brisa, cuando sopla, en los árboles.

Por el camino avanza acaso una yunta de bueyes; a veces, arrastran la segadora¹⁰¹ mecánica, camino del trigo; a veces, la pesada carreta para transportar las mieses; se alejan lentas por el camino; al lado va el zagal¹⁰², guiando la agujada¹⁰³. Sobre los prados, en la quietud del aire, vuelan, solitarias, las cogujadas¹⁰⁴; vuelan muy altas, descienden con las alas abiertas y remontan de nuevo el aire cantando. Las cogujadas llenan con sus trinos la calma de la mañana¹⁰⁵.

A veces me siento en una piedra en el ribazo¹⁰⁶; contemplo los campos, los pueblos, los montes; el volar de los cuervos, negrísimos, el sol sobre los prados¹⁰⁷; Pan, entretanto¹⁰⁸, corre por el pastizal; corre detrás de las garzas

92 han sido días de lluvias;] Ø *Mc Mc1 S1*

93 allá] podemos ver */espacio en blanco*, y - *Mc Mc1*

94 a lo lejos] en la altura *Mc Mc1 S1*

95 en el declive - blancas;] Font-Romeu *Mc Mc1*

96 en frente,] - en la altura, *Mc Mc1 S1*

97 apelotonado sobre] con sus casas apelotonadas hacia *Mc Mc1*

98 y el campanario - ciudad] con su campanario *Mc Mc1*

99 ruido] rumor *Mc Mc1*

100 murmullo] rumor *Mc Mc1*

101 segadora] regadora *Mc Mc1*

102 al lado va el zagal] mientras el mozo va *Mc Mc1* al lado va el mozo *S1*

103 agujada] ahijada *Mc Mc1*

104 cogujadas] sogujadas *Mc Mc1*

105 descienden - mañana] y llenan con sus trinos la calma de la mañana *Mc Mc1* descienden con las alas abiertas y remontan de nuevo # *S1*

106 piedra en el ribazo] fronda *Mc Mc1*

107 los prados] las piedras *Mc Mc1*

108 entretanto] está */espacio en blanco* *Mc Mc1*

ligeras¹⁰⁹; persigue un insecto invisible; su instinto no sosiega. Después proseguimos¹¹⁰ el paseo; Pan deteniéndose a cada paso, mirándose, implorándome para que le tire una piedra, para que le ayude a sosegar su instinto; le tiro una piedra y le veo correr a saltos, en la hierba, con fuertes ladridos¹¹¹.

Cuando regresamos el sol está ya un poco alto. Pan está fatigado; fatigado y satisfecho. Abro la puerta de mi cuarto; él pasa delante y se echa en la cama; echarse en la cama es lo que le gusta más, después de correr en pos de¹¹² las piedras.

Mientras me lavo, él descansa. Cuando termino, baja de la cama y sale, como siempre, delante. Ahora, después de cuatro días de contacto, apenas me deja; pero hoy es el último día.

Mañana Pan me esperará ante la puerta, y el otro, y el otro... Pero yo no estaré. ¿Hasta el año que viene? ¿Hasta el otro? ¡Quién sabe! Tal vez Pan, cuando vuelva yo, haya muerto. ¡Qué misteriosa debe de parecerle, también a Pan, la vida!

RESPUESTA A UNAS OBJECIONES¹¹³

Se me han opuesto, por alguien, algunas objeciones a mi artículo último sobre la nueva literatura. El tema va resultando enojoso. No obstante, trataré de contestar. Escribiré solo para esto y señalará este el último artículo que dedique a la cuestión. Ya hay bastante de premios y de novelas. Hasta a mí me cansa, mayormente cuando estoy convencido de la inutilidad de machacar sobre este tema¹¹⁴.

La primera objeción que se me ha hecho es que hablé de tres, de cuatro novelas, que me referí a media docena de novelas. “La literatura actual”,

109 las garzas ligeras] la *l/espacio en blanco/* ligeros *Mc Mc1*

110 proseguimos] prosigo *Mc Mc1*

111 implorándome - ladridos] Ø *Mc* - ladridos /aullidos *ob./ S1*

112 correr en pos de] cazar *Mc Mc1*

113 Se edita el mecanoscrito con variantes de autor manuscritas del registro 1506 del Fons Sebastià Juan Arbó del Arxiu Comarcal del Montsià a partir de la segunda revisión del autor, que se sigla como *S²*. La primera revisión del autor se sigla como *S¹*.

El mecanoscrito se sigla como *Mc*. En este artículo me limitaré solamente a aclarar aquellos puntos que necesiten ser aclarados. *Mc*

114 tema.] ~

me han dicho, “no se reduce a las obras citadas por usted; entre los que no he mencionado los hay incluso que gozan de más fama”.

La objeción es fundada; lo que se me dice es cierto, y no obstante, insisto en lo que dije en mi artículo. Es verdad que en él hablé solo de media docena de libros, pero lo es también que elegí los que me parecen más notables, los que, con sus defectos, revelan en sus autores más temperamento de escritor; también, y sobre todo, los que, con todas sus cualidades, muestran en su estructura el defecto dominante —la marca, diría— de la nueva literatura.

Es cierto también que hay novelas que gozan de más fama, pero se trata de casos aislados, y aun así no me parece que haya entre ellas el libro que pueda desmentirme; hay otros que se nos ofrecen acabados y bien acabados, pero estos, pese a los méritos de alguno, no son, creo yo, comparables, en aspectos parciales, a los otros citados por mí. Sin duda, estas obras han quedado más redondeadas, más armónicas; tampoco el hecho entraña un gran mérito; están, tal vez sí, terminadas, pero, en estos casos, las primeras partes de la novela exigen poco y no es difícil alcanzar en el final la armonía que¹¹⁵ el principio reclama¹¹⁶. Es, desde luego, más fácil ponerle la cubierta adecuada a un edificio corriente, a una cabaña, que ponérsela a un palacio, y más aún a una catedral. Este es oficio ya de titanes. Esto es lo que han hecho en la novela Cervantes, Balzac, Tolstói; sobre todo Tolstói, con sus dos monumentos¹¹⁷, *Guerra y paz* y *Ana Karenina*. La novela, y esto debería tenerse muy presente, es una obra de arte. Podemos perdonar que se haya olvidado, a veces, Dostoyevski, en Proust, en Kafka, pero estos son casos de excepción, y el genio del autor nos compensa aquí del defecto; a veces lo tenemos que agradecer, como en Dostoyevski; a estos genios singulares hay que dejarles en libertad, porque en la libertad nos dan mejor la medida de su genio. Entre nosotros, por desgracia, no se trata de esto, por más que, llevados por una necia presunción, algunos lo hayan creído.

Tampoco pretendo, naturalmente, que todos hayan de ser Tolstói, Cervantes, Balzac. En otras ocasiones hemos señalado ya el hecho singular que representan tales apariciones en el campo de la literatura, y que sus

115 que] necesaria con *Mc*

116 reclama] dan, sí, lo que prometen, pero prometen poco *Mc*

117 monumentos] momentos *Mc*

frutos no son cosecha fácil ni de todos los años. Aquí no aspiramos¹¹⁸ a tanto; ya nos daríamos por satisfechos, entre nosotros, con que los de hoy pudieran parangonarse con algunos de la generación precedente.

En el fondo, en mi artículo se trataba, sobre todo, de señalar en nuestra novelística actual la falta de personalidades; de destacar un defecto en las obras que me parece muy común. Tal vez exageré los defectos de la obra en perjuicio de los méritos, pero se trataba, sobre todo, de señalar un defecto de la actual novelística, sobre el cual¹¹⁹ podrían explicarse las causas del mal¹²⁰. En él intentaba poner también un poco de luz, si es ello posible, en la confusión en que nos debatimos, señalar realidades contra la necia vanidad de algunos y contra el voluntario confusionismo.

Otra de las objeciones que se me han hecho consiste en decir que hablo de jóvenes y les censuro el no haber escrito más que una obra. Baroja, objetan, a los treinta años había escrito solo una novela, o poco más, y es gran osadía señalar sobre una novela lo que puede dar el autor. Esto es también verdad y sin duda se corre el riesgo de engañarse en más de un caso. No obstante, en este primer libro de cuentos, pues se trata de un libro de cuentos, estaba ya el anuncio de lo que había de darnos después; en él está el sello de una excepcional personalidad. En *Vidas sombrías* está concentrado todo el Baroja de después: lo está en la vida, en la emoción, en la amarga ironía, en el sarcasmo, en la melancolía y en la tremenda decepción de todo, y está en ella con una exuberancia que desborda ya del marco de la obra. Esto es lo que yo echo de menos en la nueva literatura; lo que no encuentro en ella es la personalidad excepcional que revelaba ya Baroja en esta primera obra¹²¹.

No quisiera tampoco, al decir esto, que se me confundiera con aquellos que sistemáticamente niegan todo mérito a la nueva literatura y no se han tomado la pena de leer un solo libro, como los vemos a menudo. Prescindiendo de aquel punto, dejando aparte aquella relación con la generación precedente, creo que el panorama actual de la novela, tomado en conjunto y en un término medio, ofrece un nivel como nunca se ha ofrecido en España. Sin ir más lejos, aquí están para demostrarlo, pese a sus defectos, dos libros recentísimamente aparecidos y de dos de los auto-

118 Aquí no aspiramos] Algunos no aspiran *Mc*

119 común ~ cual] común; y en el *Mc*

120 mal] ~, y lo hice con casos concretos *Mc*

121 que revelaba ~ obra] que han pretendido ver algunos *Mc*

res más jóvenes¹²², *Los bravos* de Jesús Fernández Santos, y *Pequeño teatro* de Ana María Matute; están los mismos premios que censuré¹²³, y otras obras¹²⁴ de las que no dije nada¹²⁵. Algunas de las novelas citadas, consideradas en el nivel medio de la novela actual, honrarían¹²⁶ a cualquiera de las literaturas extranjeras de nuestros días y aun de aquellas que gozan de más crédito¹²⁷. Esto es también verdad, y tampoco aquí hay contradicción en mis afirmaciones. Lo que yo quería, lo repito, era señalar la falta de personalidades. A fin de cuentas, siempre venimos a lo mismo. El Baroja, el Galdós, el Blasco Ibáñez, el Pérez de Ayala —lo repito una vez más, y es a lo que voy— de nuestra época continúan sin aparecer, como continúan sin aparecer el Benavente, por más aspavientos que hagan algunos, en el teatro, y en la poesía, el Machado, el García Lorca, el Juan Ramón Jiménez, y no sería yo el que menos celebrara su aparición. Lo mismo podría decirse del ensayo, del periodismo. Por una o por otra causa, nadie alcanza a la riqueza, a la abundancia, a la calidad y elevación, a la perfección de aquellos. Hay algunas y muy notables novelas, y por ahora, pocos novelistas que puedan considerarse como tales. La presunción de algunos no debe impresionarnos; tampoco las declaraciones de otros. Lo que debe impresionarnos son las obras, que es, al fin y al cabo, lo que pesa. Lo demás son palabras.

En nuestra literatura, por méritos que le reconozcamos, echamos de menos los grandes astros, los que brillaron en la generación anterior y cuya luz nos alumbría todavía, los permanentes; faltan los hombres que dieron tono a la literatura y le dieron carácter, y sobre todo, los únicos que, pasado el tumulto, los gritos, que también los hubo, lograron imponerse, quedar. Es preciso no olvidar esto.

122 y de dos de los autores más jóvenes,] Ø *edd.*

123 censuré,] ~ y en los que acaso destaque demasiado los defectos, en detrimento de sus méritos —mi interés era destacar un defecto que considero sintomático en la nueva literatura—, *Mc*

124 otras obras] algunos *Mc S¹*

125 dije nada,] ~ Hablé, por ejemplo, “Nada” de Laforet y “Mientras llueve en la tierra” de Jove. *S¹*

126 consideradas ~ honrarían] pese a sus defectos, honrarían a *Mc S¹*

127 nuestros ~ crédito] hoy que gozan de más crédito y figurarían sin des al lado de las mejores *Mc* hoy que gozan de más crédito y figurarían sin desdoro al lado de las mejores *S¹*

Yo dudo mucho —y lo lamento— que, después de los gritos y la confusión tremenda —nunca ha sido tanta—, después de las impudicias de la propaganda en unos, de la vanidad en otros, queden algunos, tres, un par solamente, que puedan ofrecerse dignamente a la admiración de la gente. Cuando menos con el esplendor, con la dignidad con que han quedado aquellos.

EL PODER DE LA GLORIA¹²⁸

Se ha hablado mucho, y continúa hablándose, del perro embarcado en el Sputnik como único viajero, de este animal enviado por los rusos a morir en las soledades del espacio. El caso de este perro ha sido objeto de comentarios apasionados, de protestas de unos, de ironías, de burlas de otros; de todo ha habido.

Julia Maura ha dedicado también al tema un comentario publicado recientemente en estas páginas; creo que el comentario, como el tema, se prestan a algunas consideraciones; trataré de exponerlas en este artículo, pues juzgo que merece la pena.

La protesta, para empezar, le parece a la escritora exagerada; Julia Maura justifica el hecho y lo aplaude, como un sacrificio más de los muchos que se llevan hechos en aras del progreso científico y del bien de la humanidad, y establece una relación de los sacrificios que en este campo se llevaban hechos, según ella, mucho más importantes y más de sentir desde luego. Ironiza la escritora a propósito de esta súbita indignación de los hombres ante aquel sacrificio, y especialmente de los ingleses, que son los que más han alzado la voz a favor de la víctima y a cuya protesta atribuye la escritora cierta tartufería nacional, nacida del orgullo herido. Ironiza asimismo sobre el contraste entre estos aspavientos y la indiferencia que se muestra ante el sacrificio y la tortura diaria a que son sometidos millares de animales.

128 Se edita el mecanoscrito con variantes de autor manuscritas del registro 1505 del Fons Sebastià Juan Arbó del Arxiu Comarcal del Montsià a partir de la revisión del autor, que se sigla como *S*. La primera versión del mecanoscrito se sigla como *Mc*. La revisión mecanoscrita sobre el mecanoscrito se sigla como *Mc1*. En el mismo registro, se conserva un mecanoscrito parcial con variantes de autor manuscritas del mismo artículo. En este caso, la revisión del autor se sigla como *S1*, y el mecanoscrito como *Mc2*.

No quiero referirme a estas afirmaciones de la escritora, aunque algo se podría decir; creo, en efecto, que Julia Maura incurre en un error al calificar tales sentimientos. No se necesita, creo yo¹²⁹, ser inglés, ni haber sentido que los rusos se adelantasen a su país en la invención para sentir pena por el sacrificio de este animal, aparte de las consideraciones de orden humanitario o científico que sobre el caso pueden hacerse.

En cuanto a la crueldad manifestada en otros respectos, puede decirse que uno de los misterios más tremendos, el que turba más nuestra alma, y el drama más hondo es precisamente que la vida esté establecida sobre esta crueldad. Esta crueldad la podemos ver, en efecto, desarrollándose en la manifestación más insignificante de la vida sobre la tierra.

Tampoco es cierto¹³⁰ que nadie se haya levantado contra ella; no tenemos más que recordar nuestras lecturas para advertir al punto que son muchos los escritores que han sentido este horror, que han levantado también su voz, si no contra el hecho en sí —y también los hay—, cuando menos contra los excesos a que la gula, el deseo de goce, el egoísmo, han llevado al hombre en este respecto.

No son estos, sin embargo, los aspectos del artículo a que quiero aludir; hay otro aspecto de él en¹³¹ que me parece que la escritora incurre en un error manifiesto¹³²: es cuando compara¹³³ la suerte del animal inmolado¹³⁴ con la de los hombres que se han sacrificado por su voluntad por el bien del hombre.

La escritora habla, en efecto, de los exploradores perdidos en los hielos, de los desaparecidos en las selvas, de los médicos que se prestaron voluntariamente para comprobar en su organismo el efecto de una vacuna, de los radiólogos sin dedos, de los cancerosos específicos, etc., etc. Julia Maura podría aún alargar un poco más la lista: podría incluir a los

129 creo, en efecto - creo yo] /quizá ob./ /Julia ob./ /no le fal ob./ /en ob./ Es posible que /quizá "la escritora" no le falte razón ob./, en algún sentido, no le falte razón a la escritora en su afirmación sobre el sentido de la justicia. No creo, sin embargo *S*

130 cierto] verdad *Mc Mc1*

131 en] Ø *Mc Mc1*

132 que la escritora - manifiesto] más importante aún señalar que el error en que en él se incurre *Mc Mc1*

133 compara] la escritora - *Mc Mc1*

134 inmolado] sacrificado *Mc Mc1*

que se han remontado a la estratosfera en frágiles globos, a los que han descendido a las profundidades marinas para descubrirnos sus secretos, y a tantos otros que con ello han escrito, algunos con holocausto de sus vidas, las páginas más gloriosas de la voluntad de dominio del hombre y su capacidad de heroísmo.

A mi juicio, tales casos no tienen nada que ver con el de este animal en el plano de los sentimientos; en el caso del hombre, está la conciencia del acto, el eco que despierta en los demás; está la convicción de que con su sacrificio reporta un bien inmenso, como en el caso del médico o del explorador. Ellos en esta convicción hallan la compensación de sus sacrificios, que, desde entonces, dejan de serlo. Y lo mismo puede decirse de todos los otros¹³⁵.

El caso del animal es distinto; por esto es distinto el sentimiento que despierta en nosotros: el hombre en aquellos casos se atrae nuestra admiración; el animal nuestra pena. No puede despertar admiración porque aquí se obra con completa inconsciencia, con total ignorancia de los motivos, ni que intervenga para nada la voluntad. Esto nos apena, nos impresiona, es un dolor absoluto; es algo parecido a lo que sentimos cuando vemos castigar a un niño.

Pensamos, por ejemplo, en el capitán Scott y en su gran proeza. Evoquémosle en aquel momento supremo cuando, ya moribundo, en las soledades del polo, junto a sus compañeros muertos, sintiéndose morir, toma el lápiz entre sus torpes dedos para dar su mensaje al mundo. ¿Qué tiene que ver —preguntamos— el sacrificio del animal, si se piensa en el hecho en sí, con esta muerte? Nada. Y quien dice Scott dice Amundsen, dice Piccard, dice el explorador perdido en las soledades de la selva, el médico que prueba en sus carnes la eficacia de una vacuna, y tantos y tantos

135 A mi juicio — los otros] #cido a lo que sentimos cuando vemos castigar a un niño.

¡Pensamos, por ejemplo, en el capitán Scott y en su gran proeza; evoquémosle en aquel momento supremo, cuando, ta moribundo, en las soledades del polo, junto a sus compañeros muertos, sintiéndose morir, el lápiz entre sus torpes dedos para dar un mensaje al mundo. ¿Qué tiene que ver —preguntamos— el sacrificio del animal, si se piensa en el hecho en sí, con esta muerte? Nada. Y quien dice Scott, dice Amundsen, dice Piccard; dice el explorador perdido en las soledades de la selva, el médico que prueba en sus carnes la eficacia de una vacuna y tantos y tantos que se sacrifican a diario por el bien de la humanidad *Mc Mc1*

que se sacrifican a diario por el bien de la humanidad¹³⁶.

En el fondo¹³⁷ hay un impulso¹³⁸ que mueve al hombre y que no tiene sentido para el animal: el deseo de gloria. En el fondo, está el poder de la gloria. El poder de la gloria ha sido el móvil más poderoso de todos los grandes hechos del hombre, de sus más grandes sacrificios, que ante ella dejan de serlo. Ante aquel poder, hasta la muerte parece deseable; es deseable¹³⁹. No, no tiene nada que ver el sacrificio del animal con el caso, por ejemplo, de Scott, perdido entre las nieves del polo, en aquella hora que resplandece como un sol en la historia de las conquistas del hombre y en que reside precisamente nuestra grandeza. El momento de la despedida es terrible, es de lo más commovedor, pero de ella se desprendía también una suerte¹⁴⁰ de gozo, pensando en lo que se conseguía; había, es cierto, en sus palabras temblor de dolor, pero había también temblor de emoción, temblor de orgullo a la idea de que un día los hombres de todo el mundo leerían su mensaje, se commoverían con sus palabras, y según la hermosa frase de Horacio, elevarían su nombre a las estrellas.

Lo que puede este deseo es mucho. Cervantes nos explica algo por boca de don Quijote, porque también en él hallaba su fuerza principal el caballero, como la había hallado un día su creador cuando, muy joven aún, dejó las comodidades del hogar paterno y el calor de la patria y se lanzó por las rutas del mundo. Cervantes nos habla y bien de ella, porque mucho de ella sabía; nos lo dice por boca de don Quijote, en uno de los pasajes más hermosos del libro. Es en aquella noche, tan clara, en que don Quijote, con Sancho a su lado, se acerca al Toboso, en

136 El poder de la gloria | Se ha hablado ~ humanidad] # *Mc2 S1*

137 En el fondo] # muy joven aún, dejó las comodidades del hogar paterno y el calor de la patria y se lanzó por las rutas de Italia. Muchos son los que | ~ *Mc*

138 impulso] sentimiento *Mc Mc1 Mc2*

139 y que no tiene sentido ~ es deseable] /y que no tiene sentido para el animal: el deseo de gloria. En el fondo, está el poder de la gloria. El poder de la gloria ha sido el móvil más poderoso de todos los grandes hechos del hombre, de sus más grandes sacrificios, que ante ella dejan de serlo. Ante aquel poder, hasta la muerte parece deseable; es deseable *v.a./ S* en todas estas acciones, que le ha movido y le moverá siempre: el deseo de gloria, que es el impulso más fuerte que le mueve en sus actos. Él le hace dulces los sufrimientos, y hasta la muerte, por él, le parece deseable *Mc Mc1 Mc2 S2*

140 suerte] muerte *Mc Mc1 S Mc2*

aquella noche casi celestial. Don Quijote, mientras se acercan al Toboso, va hablándole a Sancho del poder de la fama. Le cuenta el caso de aquella corta dama que se había enojado contra un poeta¹⁴¹ por no haberla puesto entre otras damas a las que se citaba en su libro, a pesar de hablar mal de todas ellas; el poeta en la nueva edición la puso entre las otras, dejándolas, como dice, “cual no digan dueñas”, pero ella quedó contenta con figurar allí, aunque infamada. “Quiero decirte, Sancho”, habla don Quijote, “que el deseo de fama es activo en gran manera. ¿Quién piensas tú que arrojó a Horacio del puente abajo armado de todas armas, en las profundidades¹⁴² del Tíber? ¿Quién impelió a Curcio a lanzarse en la profunda sima ardiente que apareció en la mitad de Roma? ¿Quién hizo pasar el Rubicón a César?”.

En sus *Conversaciones* con Eckermann, Goethe nos dice algo sobre la fama, que algo sabía también de ella. Se hablaba de un poeta que había hecho lo imposible para que el mundo se ocupara de su obra. “Me extraña”, decía Eckermann, “que los hombres se amarguen la existencia por un poco de gloria hasta el punto de intentar tales procedimientos”. “Querido amigo”, le contestó Goethe, “la gloria no es poca cosa. ¿Acaso Napoleón no ha despedazado el mundo por ella?”.

No, lo hemos visto, no es poca cosa: ante ella el sacrificio más grande se convierte en goce; no se amargan la vida, como dice Eckermann: se la endulzan, con tal de que consigan una mínima parte de lo que anhelan. Sus actos despertarán la admiración de los hombres, y nunca, creo yo, esta admiración tendrá nada que ver con que uno se apene, experimente compasión ante un animal sacrificado, un animal que siente la tortura e ignora por

141 del mundo ~ un poeta] /del mundo. Cervantes nos habla y bien de ella, porque mucho de ella sabía; nos lo dice por boca de don Quijote, en uno de los pasajes más hermosos del libro. Es en aquella noche, tan clara, en que don Quijote, con Sancho a su lado, se acerca al Toboso, en aquella noche casi celestial. Don Quijote, mientras se acercan al Toboso, va hablándole a Sancho del poder de la fama. Le cuenta el caso de aquella corta dama que se había enojado contra un poeta, porque en un libro suyo *v.a./ S de Italia*. Muchos son los que ante ella harían como la dama de que nos habla don Quijote. Ésta se mostró enojada contra un poeta *Mc Mc1 Mc2*

142 en las profundidades] /pocos había, creo yo, que no quisieran ser como esta dama; es decir, que se hablase de ellos en el libro, aunque en él quedasen infamados *v.a./ !* en las profundidades *S1*

qué razones le es impuesta; y este sentimiento¹⁴³ puede muy bien sentirse por el animal y no sentirse¹⁴⁴ por el hombre, y sentirse a la vez justificado¹⁴⁵.

MI ADIÓS AL AMIGO¹⁴⁶ ¹⁴⁷

Aunque tarde, como siempre, no quiero dejar de acudir¹⁴⁸ a esta cita de adioses con que se ha despedido a este amigo desde todos los periódicos. No, no¹⁴⁹ quiero que falte el mío.

Tenía muchos motivos¹⁵⁰. Había, sí, muchos y buenos recuerdos de aquel tiempo en que nos juntó la suerte: a él como director de *El Noticiero*; a mí como colaborador; a los dos como compañeros y amigos y para siempre¹⁵¹.

Hubo un momento que, en este misterio de las colaboraciones, en que nunca he entendido nada, me llegó la hora.

Tuve un momento verdaderamente feliz¹⁵², un momento de excepción, en que las colaboraciones se me ofrecían desde todas partes y siempre de publicaciones importantes, y esto, en los comienzos —eran los comienzos— pesa lo suyo, halaga, y casi casi si uno tuviese la inclinación, enorgullece¹⁵³.

143 y este sentimiento] Ø *Mc Mc1 Mc2 S1*

144 sentirse] sentirla *Mc Mc1 Mc2 S1*

145 y sentirse a la vez justificado] Ø *Mc Mc1 Mc2 S1*

146 Se edita el mecanoscrito del registro 1028 del Fons Sebastià Juna Arbó en el Arxiu Municipal de la Ràpita, que se sigla como *Mc*. Se enmienda con el manuscrito parcial con variantes de autor repartido entre los registros 972 y 1417, que se sigla como *ms*, y cuyas campañas de revisión se indican con sucesivos superíndices.

147 Mi adiós al amigo] Mi adiós a Hernández Pardos *ms*¹ La muerte de un amigo. Mi adiós a Hernández Pardos *ms*² Mi adiós al amigo Hernández Pardos *ms*³

148 dejar de acudir] Ø *ms ms*⁴

149 no, no] no *ms*

150 motivos] ~ para sentirlo; tenía de él demasiados buenos recuerdos; demasiadas bondades; para que no lo sintiera como ninguno. | Tenía sí bonísimos recuerdos, de †...†, muy buenos recuerdos *ms* ~. | Tenía sí bonísimos recuerdos, de †...†, muy buenos recuerdos *ms*¹

151 y para siempre] Ø *ms ms*¹

152 feliz,] ~ y esto, en los comienzos, pesa lo suyo *ms*

153 enorgullece] ~ | Tuve un momento, es verdad, en que todo me salía a pedir de boca, mejor que no podía desear. /Supongo ob./ | Fue, sí, la hora de las colaboraciones *ms*

Era uno de esos momentos que se producen en la vida del escritor —supongo que ocurre a todos— en que todo me salía a pedir de boca, como mejor no lo podía deseiar.

Era el momento de las colaboraciones.

Tal vez la influencia de las estrellas, este misterio en que tanto se cree en nuestros días; quizás sí me moviera en el círculo de¹⁵⁴ esta influencia; quizás alguna conjunción astral favorable¹⁵⁵ que desde las alturas ejercía en mi destino una influencia benéfica. Tal vez sí, porque ¿quién podría saberlo?

De todas partes me llegaban peticiones: cartas¹⁵⁶ de periódicos, ofrecimientos para colaborar también; de revistas, y algunas de las importantes del momento.

Debía de ser, sí, la influencia de las estrellas.

El primero fue *El Noticiero* siendo director Manegat, pero ya con Hernández en el mando¹⁵⁷ —ya se sabe— y llamándome para hacer más estrecha¹⁵⁸ la colaboración.

Fue el que me trató mejor. Un artículo semanal, bien pagado —para entonces— y la cantidad mensual, tanto si se publicaban como si no —siempre por culpa mía—. Tenía mucha confianza en mí —creo que le gustaban mis escritos—, estoy seguro, y los artículos iban directamente al cajista¹⁵⁹ —¿se llama así?— y así se publicaban¹⁶⁰; unos eran buenos¹⁶¹, otros no tanto, pero el periódico no se hundió.

Poco después¹⁶² me llamó Enrique del Castillo ofreciéndome la colaboración en el *Diario de Barcelona*, dirigido entonces por él, y casi al mismo tiempo se me ofreció la ocasión para colaborar en *La Vanguardia*¹⁶³.

Enrique del Castillo insistió mucho: “Te pagaremos mejor que nadie”. Le dije que tenía la oportunidad de pasar a *La Vanguardia*; me aconsejó¹⁶⁴

154 moviera en el círculo de] movía en *ms*

155 conjunción astral favorable] conjunción favorable /que desde *ob./ ms*

156 peticiones: cartas] /ofrecimientos; cartas de *ob./ ofrecimientos, invitaciones ms*

157 mando] mandando *ms ms^l Ø Mc*

158 hacer más estrecha] aumentar *ms ms^l*

159 al cajista] a la caja *ms*

160 publicaban;] ~ y el periódico no se hundió *ms*

161 buenos] mejores *ms*

162 después] ~, o casi al mismo tiempo *ms*

163 *Vanguardia*] ~. ¡ Era, sí, la hora de las colaboraciones *ms*

164 aconsejó] dijo *ms ms^l*

que no lo hiciera. “No vayas a *La Vanguardia*. Te pesará”.

Aquí se equivocó.

Me decidí por *La Vanguardia*; me ilusionaba de verdad, y hablé con Galinsoga. Tenía el director de *La Vanguardia* muchos defectos, y algunos graves —el virrey¹⁶⁵— y por los cuales dejé de colaborar —estuve un año sin hacerlo— y se produjo al fin lo que se tenía que producir. Era fatal.

Fuera de esto, y en lo personal, era un hombre cordial y afectuoso y a mí me trató siempre bien.

Hablé con Hernández del asunto; le dije que me iba a *La Vanguardia*; le di un gran disgusto, me insistió una y otra vez. “Lo que te pagan ellos, te lo pagaremos nosotros. Además...”. Nada; yo ya estaba con aquella ilusión.

Hernández se disgustó tanto que aquella noche fue a hablar con Galinsoga; en realidad, a protestar.

Me llamó el director de *La Vanguardia* a su despacho; me explicó que había ido Hernández a verle y el motivo. “Naturalmente, yo le dije”, habló Galinsoga, “que nosotros no obligábamos a nadie y que usted era libre de escoger, y de continuar, si quería, en *El Noticiero*¹⁶⁶”. Luego, con el tono afectuoso que usaba siempre conmigo, añadió: “De mí a usted, creo que la elección no le ofrece duda”.

Y en efecto, me quedé en *La Vanguardia*, donde he continuado hasta hoy y sin que me haya pesado nunca, como me prometió Enrique del Castillo; lo que me habría pesado hubiese sido, en efecto, quedarme en el *Diario*, como se ha visto después.

Hice bien y no creo que haya de esforzarme en justificar mi decisión; el prestigio de *La Vanguardia* en nuestros pueblos era —y es— enorme; yo pienso siempre en mi pueblo y creo que solo¹⁶⁷ cuando vieron mi nombre en *La Vanguardia* empezaron a hacerme caso.

Poco después —fue un feliz augurio— y por medio de Torcuato Luca de Tena¹⁶⁸ entraba en *ABC*, con lo que quedaban colmados mis deseos¹⁶⁹,

165 —el virrey—] Ø ms

166 *Noticiero*”] —, o venir con nosotros a “*La Vanguardia*”. No hay que olvidar que entró ms —, o venir con nosotros a “*La Vanguardia*” ms^l

167 enorme; — solo] enorme; y tanto, que creo que solo ms

168 Luca de Tena] Ø ms ms^l

169 deseos] —/, y satisfe ob./ /cumplido ob./ ms y ms^l

realizadas del todo¹⁷⁰ mis ilusiones en cuanto al artículo¹⁷¹.

Era, sí, la hora de las colaboraciones, sin duda, y, vuelvo a ello, la influencia de las estrellas, que, como todo¹⁷², pasa.

Hernández acabó por aceptarlo; se conformó. Pero entonces hizo una cosa inesperada: se tomó una pequeña venganza. Ya he dicho que me pagaba una cantidad fija a fin de mes —los cuatro artículos—; yo me recreaba un poco en su bondad y siempre iba con retraso en la entrega del artículo —siempre me han costado— y en el momento del cambio, le debía, creo, seis u ocho artículos. No me los perdonó¹⁷³.

Entonces no se toleraba la colaboración de un autor en periódicos diferentes, en la misma ciudad¹⁷⁴, cuando menos para *La Vanguardia* y *El Noticiero* y la cosa se llevaba con rigor.

Hernández, que estaba indignado, guardó los artículos y el día que aparecía uno en *La Vanguardia* por la mañana, la misma tarde aparecía otro mío en *El Noticiero*, lo que irritaba a¹⁷⁵ Galinsoga, que me llamaba cada vez, para la reprimenda¹⁷⁶.

La cosa se solucionó con la terminación del “material”; se conformó Galinsoga, se rio Hernández, nos explicamos y quedamos amigos. “Si un día por lo que fuese, dejaras *La Vanguardia*, ya sabes que tienes siempre abiertas las páginas de *El Noticiero*”. Y me dio un abrazo¹⁷⁷.

Después pasó lo que pasó; yo continué en *La Vanguardia* —muy disminuido— y él salió del *Noticiero*, y mal. Me lo explicó casi llorando. Poco podía pensar cuando me prometía las páginas del *Noticiero*, que muy pronto no las tendría ni él. Después¹⁷⁸ le vi muy poco, solo en algunos encuentros casuales¹⁷⁹, pues vivíamos en casas cercanas.¹⁸⁰ Estaba

170 del todo] Ø ms ms^l

171 en cuanto al artículo] Ø ms ms^l /de colaborar ob./ en /el art ob./ cuanto al artículo 172 como todo,] Ø ms ms^l

173 perdonó] ~; tuve que mandárselos ms ms^l

174 ciudad] Ø Mc

175 lo que irritaba a] con gran disgusto de ms ms^l

176 la reprimenda] /polític/ ms Ø ms^l la reprensión ms² ms³

177 abrazo] ~. No sabía que muy pronto no las tendría ni él ms ms^l

178 llorando. ~ Después] llorando. ! Después ms ms^l llorando. /Poco podía pensar cuando me ofrecía las páginas ob./ ~ Después

179 encuentros casuales] encuentro casual ms ms^l

180 cercanas.] ~ /Era el hombre ob./ ms

muy decaído, nostálgico y triste¹⁸¹ —siempre le veía así—, el hombre de las “charlas con su gorrión”, sin duda por estar cansado de los hombres, pero siempre nos veíamos con alegría, hasta el último día.

Había dejado de verle, no aparecían sus artículos, no sabía que estuviese enfermo y de repente, leí la noticia de su muerte. Lo sentí como si se tratara de un familiar, o mejor, de un amigo y en mi mente se agolparon los recuerdos. ¡Hacía ya tiempo! Y sentí una necesidad de tomar la pluma y juntar mi adiós al amigo, mi sentido adiós, entre tantos adioses. Adiós, sí, querido Hernández¹⁸². Adiós, querido amigo de tantos y tan buenos recuerdos; podría decirse que lo son todos, cosa que se puede decir de muy pocos¹⁸³.

181 decaído, nostálgico y triste] decaído; se le veía nostálgico y triste *ms ms¹* decaído; se le veía sí nostálgico y triste *ms²*

182 Hernández] ~ «a /espacio en blanco/» *Mc*

183 le veía así— ~ muy pocos] *ms ms¹ ms² ms³*